



Caminante

Caminante

GINO IAFRANCESCO V.

© **Caminante.**
GINO IAFRANCESCO V.
Paraguay - 1977
Segunda Edición

Impresión:
Carlos Guillermo Parra Rojas
Sistema:
Arcadio Sierra Díaz
Impreso en Colombia

ÍNDICE

Capítulos	Páginas
Prefacio	7
1. Vislumbre en Aguas Agitadas	9
2. Preliminares de Parto	17
3. Saliendo de la Telaraña	23
4. Un Nuevo Horizonte.....	35
5. El Palo Vertical	43
6. Vientos Favorables	55
7. La Frontera	65
8. El Encuentro	71

PREFACIO

Este libro: "*Caminante*", describe a grandes rasgos y brevemente un peregrinaje interior y exterior del autor, por América del Sur, durante su proceso de conversión a Cristo. El viaje relatado aconteció realmente durante el año de 1971, pero el libro se escribió durante 1977 en Asunción, Paraguay.

Capítulo 1

Vislumbre en Aguas Agitadas

Corrían los años 1969 y 1970. Yo estaba en los primeros años de estudio de la Psicología, en la Universidad Nacional de Colombia. Recuerdo que por aquella época yo era un gran devorador de libros. Leía casi un libro diario; algunas veces varias obras si estas eran cortas. Tenía mis favoritos, aunque leía de todo lo que fuera de algún escritor significativo.

En la biblioteca de la facultad de filosofía y en la central de la universidad, obtenía prestadas obras de Nietzsche, una que otra de Sartre, las filosóficas; leía también sus novelas, y las de Camus, de Kafka y otras. Era precisamente esa línea existencialista la que dominaba mi pensamiento. Leía también psicoanálisis y psicología; principalmente a Freud, de quien tenía en mi biblioteca las obras completas, y a quien leía apasionadamente como a Nietzsche.

Mi aprovechamiento en las clases de psicoanálisis era bueno por causa de mis lecturas asiduas. Nietzsche y Freud influían bastante en mi pensamiento; también From, de quien había leído entre otros «El Miedo a la Libertad» (a lo cual yo llamaría hoy: «la sospecha de un orden establecido»). Estos pensamientos me hacían despreciar la línea marxista. El Libro Rojo de Mao Tse Tung, que me prestó mi hermano Marcello, el cual creo que obtuvo del seminario, no me resultaba profundo. La política no me interesaba.

Recuerdo que antes de todo esto, cuando apenas estudiaba primaria en un colegio de curas católicos, se infiltraron algunos profesores comunistas los cuales nos enseñaban solapadamente en clase las corrientes del materialismo dialéctico en forma rudimentaria. Hablaban también de la plusvalía, del salario real y aquellas cosas. Mi mente juvenil, apenas adolescente, no se interesaba por aquello. Yo tenía otro tipo de inquietudes, primeramente religiosas, y entonces filosóficas. Aquellos profesores fueron echados del colegio cuando se descubrió su trama.

Hasta el segundo año de bachillerato yo había querido ser un santo, y me lo propuse esforzándome en mi conducta. Pensaba que mis padres y profesores se darían cuenta y me alabarían. Yo deseaba que

Caminante

ellos hablasen bien de mí. Poco a poco vi que mis esfuerzos por santificarme eran grandes, y sin embargo a nadie parecía importarle.

Me habían comentado que cierto muchacho del cuarto curso, alumno muy estudioso y aprovechado, era un santo. Yo estaba en tercero. Le miraba en el recreo, como espiándole para ver cómo era que él era santo, pues aquel comentario acerca de su persona me hacía admirarle. Pero un día escuché de su boca una mala palabra y me escandalicé. Pensaba yo también que a nuestro profesor de religión, un sacerdote católico de apellido García, y al papa Juan XXIII, podrían canonizarlos.

En clase de historia sagrada se nos enseñaba acerca de los concilios ecuménicos, acerca del avance del papado y del cambio de nombres que se daba entre estos últimos. Entonces, en el grupito de mis amigos adolescentes, como cierto aspecto de nuestra «barra», organicé una especie de departamento en el que íbamos a practicar la santidad. Nos levantábamos de madrugada para ir a misa, repartíamos a los pobres alimentos sacados y hasta robados de nuestra propia casa, y también de nuestras ropas, por lo que éramos reprendidos. Nos encerrábamos en una alcoba para flagelarnos a nosotros mismos con cinturones pretendiendo ser ascetas y mártires. Nombrábamos entre nosotros a un jefecillo que se colocaba un nombre nuevo así como hacían los papas. Mi influencia hacía que yo resultase el líder, y por eso para cada período soñaba con el nombre de Domingo I en honor a Domingo Savio, o entonces Domingo II, o Martín I, según la época esperada de actividades.

Lo curioso es que también dentro de nuestra misma barra llamada «Ases», teníamos otra especie de departamento, llamada «los cruzdiablos», y vestidos de antifaces salíamos a robar zanahorias y ciruelas de la huerta de la facultad de agronomía que quedaba cerca de casa. Aquella fue mi adolescencia, hasta que desanimado ya después de terminar mi segundo año de bachillerato a la edad de 12 años, hubo, principalmente en vacaciones, un cambio de rumbo en mi pensamiento.

Efectivamente, me fui de vacaciones a la ciudad de Manizales, y allí entablé amistad con mi prima Gloria Zapata, la primera chica de la cual me enamoré. Ella había dicho que los anteojos oscuros me quedaban muy bien; así que desde allí en adelante comencé a interesarme en ella; o sería mejor decir que comencé a interesarme en el interés que yo

podiera despertar en ella. Así, pues, que me enamoré. Aprendí a escuchar a los Beatles. Acompañé a mi prima a comprar el segundo *long-play* de los Speakers, y así la música moderna comenzó a gustarme juntamente con mi prima. Íbamos a las discotecas durante las ferias de Manizales acompañados por mamá. Mi prima era una gran bailarina. Yo, en cambio, era terriblemente tímido. Nunca bailé una pieza completa. Un pedacito de una fue todo mi intento alguna vez y fracasé. Me sentía ridículo bailando; por eso en las fiestas prefería arrinconarme a charlar o a escuchar música. Solamente después de conocer a Cristo conocí lo que era danzar con toda libertad delante de la presencia de Dios.

Fue a partir de aquellas vacaciones en Manizales que cuando regresé a Bogotá para mi tercer curso de bachillerato me interesé por otras cosas. Mi prima me había dado un golpe sentimental cuando en una ocasión simplemente quise acomodarle un mechón de su cabello; entonces ella me rechazó con un ajá; además también supe que le gustaba un muchacho de Medellín. Regresé a Bogotá y comenzó mi época de rebelión juvenil. De la religión pasé a interesarme por la filosofía.

Me fui entonces a la biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá y me enfrasqué en el libro de Jean Paul Sartre: «El Ser y la Nada». Realmente a mis 15 años no fue mucho lo que entendí, pero me entró realmente la curiosidad por tratar de entender lo que fuera el ser. Este asunto del ser y la nada comenzó a inquietarme. Entonces decidí encerrarme en mi alcoba para tratar de descubrir que fuese el ser y poder definirlo. La filosofía y la psicología fueron, pues, mis intereses a la edad de 15 años. Esas llegaron a ser mis clases favoritas. Encerrado en mi alcoba, sentado en la cama, y con la cabeza entre las manos, me concentraba profundamente para ver que pudiera ser el ser. Vislumbré entonces una primera tentativa de solución; concluí que el ser era aquello que podía tener continuidad; aquello que continuaba. El ser es lo que continúa. Entonces tomé una hoja de papel cuadriculado y comencé a escribir mi primera conclusión con sus explicaciones y derivaciones. Pero al avanzar descubrí la relación de Dios con el ser, y en mis cavilaciones tropecé también con el concepto de otras dimensiones.

En aquella adolescencia inmediatamente anterior a mi primera época de grandes lecturas, todavía no leía mucho, pero cuando otra prima ya mayor, simpatizante de la reflexología, nos visitó en casa una noche, yo me puse a discutir con ella y entonces ella comentó con

Caminante

mamá que se veía que yo leía mucho. Realmente todavía no leía mucho, pero desde entonces comencé a leer intensamente. Lo que puede hacer uno u otro simple comentario.

Las noticias del *hippismo* me llegaron a través de revistas y entonces me identifiqué con aquel movimiento y la Generación de los '60s. Discutía mis utopías de amor libre con mi primo Alvaro Villegas que se interesaba más bien en la parapsicología. Yolanda, otra prima mayor, me habló de los libros de Lobsang Rampa. Fue entonces que además de la filosofía y la psicología se añadió a mis inquietudes la mística. Leí y practiqué yoga. Tuve contactos con la secta khrisna; pero mientras ellos bailaban ante ídolos y fotos de santones y me daban una flauta para acompañarlos, mi interior completamente repudiaba aquellas prácticas. Mi corazón se encontraba cerrado para aquella influencia gracias a una misteriosa intuición. Algo dentro de mí me hacía sospechar de aquellos caminos. He pedido perdón al Señor por aquellos flirteos. Creo firmemente que fue Dios mismo el que me comunicó aquella extraña desconfianza.

Pero entonces, por otra parte, en variadas ocasiones experimenté con alucinógenos. No buscaba meras diversiones, sino experiencias en profundidad. Más de una docena de veces experimenté con marihuana y en una ocasión ingerí de una vez 5 hongos alucinógenos. Recibí impresiones muy fuertes, como si se tratase de otras vidas, de otros mundos y de otros estados. Aprecié la relatividad del tiempo y la sensación de la eternidad. Pensaba yo que me había encontrado con Dios mismo y lo había conocido. Eso me volvió un místico buscador de Dios. Me pareció tener una especie de muerte clínica. Luchaba con la muerte hasta que tuve que aceptarla; entonces descansé y pasé a esa dimensión misteriosa donde creí conocer a Dios, la gloria, la eternidad, el amor eterno, la aceptación divina y la comisión de regresar para amar en silencio reconciliándome con todos aquellos con quienes tenía dificultades, especialmente con mi madre. En aquellos viajes alucinógenos conocí también la sensación profunda del absurdo, la resignación, la percepción extrasensorial, el abismo y el terror, y otras varias experiencias, sentimientos y pensamientos. Yo sentía por aquellos años que vivía muy intensamente.

Por causa de las muchas experiencias y lecturas de filosofía, psicología, literatura, especialmente la moderna, y demás, a los 19 años ya me sentía viejo. Ese era mi sentimiento normal; como si cargara

sobre mis espaldas el peso de los grandes problemas de los hombres; mis hombros se encurvaban. No se trataba de mis alucinaciones, sino de mi normalidad. Llegué a ser fatalista, visionario del caos. Me sentía viejo y buscando un algo que no sabía qué. Recuerdo que en una ocasión escribí algo como esto : «Me parece que debiera pertenecerle a alguien». Había querido ser dueño de mi mismo y lo había intentado con todo mi corazón luchando en contra de cualquier convencionalismo; pero al sentirme dueño de mi mismo, esto me resultaba completamente absurdo. Y aquellos sentimientos se intensificaban bajo el efecto de la marihuana. ¡Oh, qué inmensa soledad era aquella! Sin embargo, allá en lo profundo abrigaba una secreta esperanza que me animaba en la búsqueda. Pero no podía definirla; estaba embotado. ¿Por qué tengo esperanza? ¿de qué? ¿de parte de quién? ¿Estaría esperando acaso el amor de una mujer? Lo dudaba. Sospechaba que se trataba de algo más que eso. No obstante, me deslizaba como a través de una niebla espesa.

Fue en ese vértigo que ingresé a la universidad para estudiar psicología. Con Nietzsche, Freud, Sartre, Camus, Kafka y demás, el caos aumentó como también el intento de justificar el libertinaje y la independencia total respecto de los valores establecidos. Había buscado el dominio de sí, pero también me asustaba el absurdo del para qué y la pregunta del por qué. La inmensa fragilidad del ser humano me desconcertaba. Cuan desilusionado estaba de todo. Observaba al psiquiatra que era mi profesor de psicofarmacología, y a la doctora que era mi profesora de psicoanálisis, y no podía encontrar en ellos nada especial que justificara la continuación de mis estudios para llegar a ser alguien como ellos. Entonces me entró el deseo de conocer todos los países y culturas del mundo y quizás después morirme de una sobredosis de LSD. Lo conversaba con mis amigos Richard Tovar y Jairo. En el apartamento de este último nos reuníamos a escuchar música clásica y a hablar de intelectualismos. Veíamos películas de Bergman, Fellini, Antonioni y otros nombres aureolados de la edad moderna. No encontraba nada, pero hablábamos y hablábamos. ¡Qué inmensa búsqueda y qué terrible desilusión! No sé como era que se escondía una esperanza recóndita e indefinida dentro de mí.

Cuando escuchaba la música de Juan Sebastián Bach, hervía dentro de mí la sospecha de un algo muy sublime que yo desconocía. Fue entonces que después de las experiencias negativas con marihuana que

Caminante

umentaban el absurdo del existencialismo, que hacia el final de este período tuve las experiencias con hongos alucinógenos que describí y que me llamaron la atención sobre Dios y me recordaron la relación de Dios con el ser y otras dimensiones. La mística ancló en mi alma y me dediqué a indagar más profundamente primero en el orientalismo. Me llamó entonces más la atención el Bagabadgita, el Yoga, la historia de Sidharta Gautama Buda.

Fue por medio del yoga que la figura de Jesús comenzó de nuevo a cobrar interés para mí que había estado debajo de los prejuicios anticristianos principalmente de Nietzsche y Freud. Por ese tiempo llegué a considerar a Jesús como uno de los místicos, uno entre varios, uno de los maestros yoga. Fue también entonces que Dios hizo que la Biblia comenzara a entrar poco a poco en mi vida.

Corrían, pues, entonces los años 1969 y 1970. Un hombre de apellido Ruiz, de la secta o denominación de los a sí mismos llamados testigos de Jehová, llegó a casa y golpeó a la puerta. Mamá le abrió, pero lo dejó conmigo. Yo descendí las escaleras para atenderlo. Entonces comenzó a hablarme del Reino de Dios y del fin del mundo; de las profecías de la Biblia. Le invité a pasar a la sala y le escuché con interés. Después de todo yo era un investigador, un buscador; si leía tantos libros, ¿por qué no comenzar también con la Biblia? Comencé a leerla como si fuese uno más de entre tantísimos otros libros.

Por intermedio del sr. Ruiz comencé a descubrir algo acerca del valor de este singular Libro. Era interesante ver cumplirse al pie de la letra las profecías contenidas en él. Por otra parte, el sr. Ruiz refutaba varias de las doctrinas católico-romanas, y aunque yo no era católico-romano, me resultó curioso oír otra campana diferente a la que había oído desde chico en cuanto a ciertos aspectos. La picardía de querer refutar a los católico-romanos con aquel pequeño tizne de teología, se apoderó de mí un poquito y comencé a conversar con mis amigos de juventud que tampoco sabían nada acerca de lo que los llamados testigos de Jehová presentaban diferente a los católico-romanos. Como generalmente hacen los miembros de esa corriente al vender su literatura, me ofrecieron unos estudios bíblicos semanales en mi propia casa. Los recibí durante un año, a veces acompañado de un muy querido amigo mio: Ernesto Zerda. Estudié con el sr. Ruiz los libros «Cosas en las cuales es imposible que Dios mienta» y «La verdad que lleva a vida eterna». A Ernesto le destruyeron los libros en su casa y le prohibieron asistir más

a las reuniones. El sr. Ruiz me parecía un buen hombre. Mamá nos servía café mientras estudiábamos.

No obstante, algunas de las interpretaciones de ellos tampoco cuajaban en mi corazón. Me lucían acomodadas, bastante humanas, y quizá forzadas. Sin embargo agradezco a Dios que de todo aquello me quedó por lo menos el interés por la Biblia.

Entonces, con un amigo llamado Benigno Galvis, comenzamos a leerla por nuestra propia cuenta. Charlábamos de asuntos místicos. Yo mezclaba todavía con los asuntos aquel viejo fardo de experiencias y de lecturas pasadas. No obstante, la Biblia y la figura de Jesús Cristo comenzaron a gravitar poco a poco más y más dentro de mí. Una cosa llegué a creer claramente: que verdaderamente nos encontramos cerca del fin de los tiempos. Hay veracidad en cuanto a que estamos en la cercanía del fin. El cumplimiento de las expectativas bíblicas nos señala lo acertado del calendario profético.

Dios mismo, entonces, apareció en el mismo centro de mis inquietudes. El asunto era precisamente por allí. Se definía y perfilaba el norte de la búsqueda. Recuerdo que después de aquella experiencia alucinógena con hongos hacia el fin de este período compuse aquella canción que dice:

*Voy a volver a Ti, Dios mío.
Voy a beber de Ti, Señor.
Tu naturaleza me sonrío.
Naturaleza sonriente. ¡Aleluya!*

La canté con todo mi corazón y algo se estremeció dentro de mí en aquel jardín de la carrera 42 en Bogotá. Subimos entonces al cuarto de Benigno como acostumbrábamos hacerlo para nuestras tertulias, pero esta vez me escondí debajo de su cama, y mientras los demás hacían otra cosa, lloré. Lloré aquella canción: voy a volver a Ti, Dios mío; voy a beber de Ti, Señor. Lloré porque ahora ya sabía definitivamente por dónde debería encaminar mi búsqueda. Ya no se trataría de mera filosofía, ni de mera psicología, ni de mera literatura, ni de cine, ni de arte, ni de ninguna otra cosa, sino del mismísimo Dios.

Benigno se dio cuenta de mis sentimientos. Algo muy pequeño le hice saber. Pero él me dijo: -¡Yo no quisiera sentirme así!- Me pareció

Caminante

extraña su expresión. Pensé que quizá no comprendía de lo que se trataba. Pero entonces, al observarlo detenidamente, vislumbré algo acerca del problema del hombre, que es el mismo problema del diablo: quiere ser adorado; quiere ocupar el lugar de Dios. Nuestra afinidad con Benigno se diluyó.

Comencé verdaderamente a querer ser un gran místico. Anhelé la paz; ser un hombre de paz, un hombre de amor, un hombre de mansedumbre, un hombre de dulzura, un hombre de sabiduría; algo así como un santón, como un Jesús Cristo o alguien así. Todavía yo no entendía bien en ese tiempo la singularidad de Jesús Cristo, pero Él era mi modelo.

Entonces constantemente me apartaba a meditar. Me iba a los jardines, bosques y laderas del Parque Nacional de Bogotá y mientras observaba las flores procuraba meditar según la tradición yoga. Buscaba en las lomas y en los bosques lugares tranquilos y claros, dejando el bullicio de la ciudad abajo. Me colocaba en la posición de loto para meditar. También leía atentamente los salmos y otras partes de la Biblia en aquellos retiros de meditación. Practicaba pranayanas de respiración, relajación y hasta yoga. Saboreaba lentamente las comidas, las zanahorias de la sopa, o crudas, y buscaba una superconciencia y dominio propio. Leía y leía la Biblia; de los pasajes proféticos identificaba a Israel con la gente de Dios, y a Babilonia, Asiria o Nínive con la gente despreciadora, los rechazadores o los ignorantes de la Luz Divina.

Eso, la luz interior, era la experiencia deseada, porque, ¿qué era la resaca de la filosofía pasada? ¡el vacío interior! Ahora buscaba más bien la luz interior y el asunto era con Dios mismo. Por allí vislumbré la verdadera relación con la verdadera filosofía, con lo verdadero acerca del ser y de la nada, lo verdadero acerca de la luz y del vacío, lo verdadero acerca de la ubicación y del absurdo, lo verdadero acerca del cielo y del infierno.

Capítulo 2

Preliminares de Parto

Dos proyectos alternos para llevar a cabo se formaron dentro de mí. Uno de los dos sería la alternativa. La clase de vida que llevaba no me agradaba. Corría ahora 1970. La rutina de la universidad y el compromiso con el horario de la institución no me dejaban sentirme en libertad. Yo buscaba la libertad, buscaba la vivencia de la luz interior. Entonces pensé en retirarme, dejar la universidad, la familia y la sociedad en que vivía y hacer una de dos cosas: o irme al campo y vivir en una pequeña comunidad de amigos, en contacto con la naturaleza, en una especie de monasterio, o si no, entonces salir de viaje y recorrer el mundo entero, visitar todos los países, conocer todas las culturas, las costumbres, los lugares, las gentes, y en plena libertad de los yugos de la preocupación volverme una especie de místico ambulante.

Ésta última alternativa fue la que pesó más definitivamente en mi corazón. Comencé a despreocuparme de las clases en la universidad. Ahora corría el primer trimestre de 1971. Ser autodidacta me parecía mejor que estar manipulado por convencionalismos. Despreciaba los títulos, los exámenes con calificaciones, los rangos. Me decía yo: -¿por qué he de llamar presidente a un hombre como yo? ¡que resuelva él! ¡yo escogeré lo mío!. Acaso, pensaba yo, ¿no se trataba de la supervivencia del más fuerte? Y la sociedad, ¿no se había formado de hombres? yo podía también formar la propia con los míos. ¡Cada uno a lo suyo y defiéndase como pueda! Ese era mi pensamiento típico en aquella época de mis años de universidad.

Yo ignoraba aún el derecho divino, y también la realidad de la intervención divina directa. Yo estaba aún ciego a las implicaciones de la Providencia. También estaba ciego a la inmutabilidad de los propósitos de Dios. No obstante, mis inquietudes místicas ya habían enfocado en mi brújula el norte de mi búsqueda: ¡Dios!.

El viaje sería, pues, mi peregrinación hacia la libertad. Ese era mi deseo y esperanza. El ensueño del viaje se apoderó de mí. El corte con la universidad se hizo más pronunciado: desinterés en las clases, ausencias, preparación de objetos de viaje. Mi interés ahora el moral,

Caminante

la cantimplora, la marmita, las mantas, la guitarra, la tula, el mapamundi, algunos efectos personales, y tres libros para llevar durante el viaje: La Cura por el Agua, de Yogui Ramacharaca, otro de Yogananda, y la Biblia. En aquel momento mi versión, con la que me había iniciado en su lectura, era de la Watchtower.¹

El corte más sangrante sería con la familia. Aquel proceso de despedida me hizo manifiestas a aquellas personas que en verdad me apreciaban. Comprendí que realmente era amado de algunos de mis amigos y de mis parientes. No obstante, con gran esfuerzo me sobrepuse y corté de mi corazón las ataduras afectivas y fijé firmemente en mi corazón la decisión de viajar. La fecha de la salida sería el jueves 1º de abril de 1971, pero realmente la postergué para el sábado 3 de abril del mismo año; es decir, dos días después.

En la facultad tuve que hablar con la doctora profesora de psicoanálisis, para obtener el certificado de mis estudios, pues papá quería que los terminara más adelante; en ese caso entonces podrían serme útiles, a pesar de la aversión que tenía por esas cosas. Los demás me las exigirían. La dra. me dijo que por qué no esperaba unos pocos años para terminar mi carrera de psicología; pero yo volteé el rostro y me sonreí. No era mi interés.

Hablé con mamá y con mis hermanos acerca del viaje. Mamá se preocupó de lo que diría y sentiría papá. Yo era su orgullo y esperanza. Se había sacrificado tanto para sostenerme y pagar mis estudios en el colegio y en la universidad, incluido el gasto de libros y demás. Verdaderamente sería un golpe demoledor el que su hijo mayor, aquel a quien tanto quería, le desilusionara de tal manera convirtiéndose en un vagabundo, dejando truncada una promisoría carrera y mutilada una familia. ¡Tanto sacrificio inútil! ¡cuanta ingratitud!

Decidí hablar con papá para comunicarle mi decisión. Esa misma noche, llegado él cansado del trabajo, le hablé. Le dije que yo no podía continuar viviendo como vivía. Que tal clase de vida y la carrera no me satisfacían. Que todo aquello era muy poca cosa. Que yo anhelaba algo mayor, algo más grande y sublime. Que yo había sido llamado a un destino superior y tenía que salir a buscarlo. LLoramos los dos juntos.

Viendo papá que mi decisión de viajar era definitiva, entonces me pidió que al llegar a Italia u otro país reanudara mis estudios. Yo le dije que visitaría a su familia que él había dejado en Italia, y le consolé

diciendole que allá estudiaría de nuevo. Esto, sin embargo, lo dije sin convicción; solamente para consolarlo. Entonces papá me regaló algún dinero. ¡Oh, Señor, Tú utilizaste esto en mi vida! ¡Te dignaste a hacerlo!; ¡pero cuánto dolor causé a mi familia! ¡qué deshonra para mis padres! ¡Perdóname, Señor! Papá salió del cuarto y fue a su pieza y tomó un suéter azul de cuello alto que era de él, que le habían dado en la fábrica de gaseosas donde él trabajaba como mecánico de mantenimiento y reparación, y me lo dio para que no tuviera frío. Me dio también un par de botas nuevas que él había retirado para él. Me las dio para el camino. Fue lo que usé durante el viaje. Me di cuenta de cuán verdaderamente me amaba papá. Yo sabía que él me amaba. No fue porque no me amara que salí de casa. Él quizá se sintió culpable de algo. Lo noté en sus cartas posteriores. Pero él no tenía ninguna culpa; era solamente un llamado dentro de mí.

Mamá supo disimular más su tristeza delante de mí. Solamente se lamentaba por lo que sufría papá. Mis hermanos no dijeron nada. Cuando llegaron a casa yo ya había partido. Mi honorable amigo Ricardo Torres, a quien, para viajar, vendí mi colección de las obras completas de Sigmund Freud que me había regalado papá, lloró también cuando nos despedimos. Su madre preparó para mí una cena de despedida. Aquella despedida me mostró a aquellos que me apreciaban.

El 3 de abril de 1971, a la tarde del sábado, salí de casa. Me acompañaron a la salida dos amigos: Benigno, que retornó a Bogotá desde Popayán, y Gustavo, que retornó desde las afueras mismas de Bogotá. Mamá se despidió desde la ventana y yo le hice señas desde el taxi que nos llevaría a las afueras de la ciudad con nuestras mochilas. Llevaba en mí un sentimiento ambivalente de afectos desgarrados mezclado con esperanzas de libertad espiritual. Este último se sobrepuso.

En cuanto viajaba en un vehículo, de pronto, sin proponérmelo, me vi a mi mismo en el espejo retrovisor y noté en mis propios ojos la tristeza de la separación. No me imaginaba que pudiera yo tener en mi mismo esa expresión de dolor y de tristeza, de desamparo y de incertidumbre. Pero el vehículo avanzaba rápidamente. Era un vehículo ajeno que corría hacia tierras extrañas de gente extraña, devorando rápidamente los kilómetros, alejándome más y más de mi hogar, de mi tierra, de los míos. ¿Hacia dónde? ¡hacia todo el mundo! ¡hacia ningún

Caminante

sitio en particular! ¿Hacia qué dirección? hacia ninguna, ningún conocido, nadie esperándome. No era en la tierra mi meta. ¡Oh, Dios mío; Abraham salió sin saber a donde iba!. Era como si el cordón umbilical hubiera sido separado de mí y mi destino no fuera más dentro de aquel vientre. Ese era mi pensamiento.

Habiendo salido de Bogotá, llegamos hasta la carretera que va a Silvania. Descendimos a la carretera y en un curva al lado del camino nos sentamos entre unos matorrales Benigno, Gustavo y yo. Joaquín Enrique nos había dado como regalo antes del viaje una cajetilla con marihuana. Hicimos los cigarrillos y fumamos allí al lado del camino. Fue mi última experiencia con alucinógenos. Experiencia en extremo desagradable.

Parecía desvanecerme en un abismo y un sentir tétrico y diabólico atormentaba mi pensamiento. Mi vientre se contrajo de nervios y tragué saliva sudando sudor frío. Me arrepentí de haber fumado, pero tenía que soportar el tormento hasta que pasara el efecto. Era una agonía. Me di cuenta que cada vez que había fumado marihuana la experiencia se hacía más y más desagradable. Aquella fue la última, gracias a Dios. Hundido al lado del camino puse mi cabeza entre las manos procurando dominar con mis pensamientos aquel horrible sentir, para que de alguna manera fuese cediendo. Reflexioné recordando mis experiencias antiguas, como bajo el efecto de los hongos alucinógenos me había parecido conocer a Dios, a la totalidad y a la omnipotencia, pero ahora, bajo una nube de demonios, estos me inducían y arrastraban a pensamientos horrendos. Querían que me identificase con ellos y renunciase a la gloria de Dios. Pero los pensamientos de ellos los ponían en mí como si fuesen mis propios pensamientos como para engañarme y hacerme creer que yo era como uno de ellos. ¡Conocí la terrible decisión de los demonios cuando renunciaron a la gloria de Dios! y ahora me atormentaban bajo su presión como si fuese yo mismo para que también yo como ellos tomase la decisión de renunciar a la gloria de Dios. Era el hablar de los demonios. No sé de dónde sacaba las últimas fuerzas para rechazar tamaña obsesión absurda. ¡No puede ser!, ¡no puede ser! me decía. Entonces comprendí claramente cómo había enredado mi vida en complicadas e inútiles complejidades filosóficas e intelectualismos desesperantes. ¡Cómo me había confundido en mis disquisiciones!. Entonces preferí nunca haber sabido lo que supe, ni leído lo leído, ni

pensado lo pensado, ni haberme metido en tales cavilaciones inútiles que me habían llevado a un tormentoso callejón sin salida.

Gracias a Dios que poco a poco aquella experiencia desvaneciase lentamente; pero yo, ahora cansado y asustado, llegué a la conclusión de que era mejor de aquí en adelante buscar una vida sencilla, con la gente sencilla, ocupado en cosas sencillas, lejos de todas aquellas locuras; pues, ¿a dónde me habían llevado mis disquisiciones? ¡al tormento fatal! ¡Sí, llegué a conocerlo! Me había intoxicado con los alaridos y lamentos de los llamados «grandes» desesperados de la humanidad.

¹Se trata de la *Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras*, editada por Watchtower Bible and Tract Society of New York, Inc., que es la Biblia exclusiva de los así llamados Testigos de Jehová.

Capítulo 3

Saliendo de la Telaraña

Un hombre nos recogió en su *jeep* a Benigno y a mí y nos llevó hasta la ciudad de Neiva, capital del departamento del Huila, en Colombia. En el pueblo de Subía, durante una parada, le dije a Benigno que nos recostáramos en la yerba para mirar al cielo y respirar el aire puro de la libertad. Mientras había estado en Bogotá había fantaseado con mis sueños acerca de esa mística libertad en cuanto preparábamos el viaje; y ahora que recién comenzaba estaba muy apurado por sentirme libre; era como si tratara de forzar una liberación. En verdad que ya habían quedado atrás mi ciudad, mi familia y mi gente, mis viejas actividades, y me suponía libre de ataduras. Quería llenar mis pulmones del aire puro de la libertad. Me extendí como safándome de las ligaduras y puesto de pie con los brazos en alto y las piernas abiertas miré a las estrellas y respiré profundamente diciendo: -soy libre, soy libre.

Ese era mi deseo. En mi interior me esforzaba por ser optimista ante mi futuro y un camino incierto que querían preocuparme. Yo había leído de Jesús que no nos afanáramos por la comida y el vestido; y fue esa confianza la que me fortaleció para arriesgarme a partir sin mayores seguridades económicas.

En esos momentos yo quería forzar mi libertad. Ahora estaba solo frente a todo y pensaba que podría hacer lo que quisiera, como lo quisiera y cuando lo quisiera, y que a nadie tendría que darle cuenta de mí. Confundía aún tal concepto con lo que pudiera ser la libertad. ¿No era acaso eso por lo que abogaba Sartre y el existencialismo, From y el psicoanálisis, y tantos otros esclavos del absurdo?

Pero, ¿cómo escapar de la naturaleza y de la estructura en la que estamos hechos? Realización perfecta dentro de los límites de nuestra condición de hombres, ¿no sería más bien una realística libertad relativa? relativa en virtud de la existencia de terceros. Pero aquella preconizada libertad absoluta y amoral, donde el hombre, sin haberse hecho a sí mismo, quiere sin embargo hacer consigo lo que quiere, ¿no es eso un absurdo? ¿acaso tiene el hombre vida en virtud de sí mismo? ¿acaso puede ser otra cosa que aquello que le fue concedido en su

Caminante

creación? ¿Qué si se realizase moviéndose plenamente en el amplio ámbito del albedrío, mas sin ignorar voluntariamente y con furor el propósito por el que fue dado a luz? ¿No es una usurpación el pretender tomarse el derecho absoluto sobre sí mismo? pues en cuanto el hombre no posea vida propia de sí mismo y en sí mismo, por sí mismo autosustentado, ¿puede pretender acaso un derecho de autoposesión absoluta?

Mientras más forzaba mi liberación, más me enredaba en los lazos de mi propia y solitaria autoesclavitud, la del egoísmo. Era como una mosca pretendiendo escapar de la telaraña, y a mayor esfuerzo más enredado estaba. ¿No es la libertad más bien un don de gracia? ¿no es la libertad gracia de la misma manera como lo son la humanidad y la naturaleza? Y cuando nos asalta la muerte, ¿no descubrimos acaso que nos llaman y que no somos propios y que debemos devolver lo que nos fue prestado? ¿Acaso va el hombre a la muerte cuando quiere? y si se suicida, ¿acaso escoge una muerte en todo fabricada por el hombre? ¿No nos antecedió la muerte? ¿Somos realmente libres ante la muerte? Por más que me aferrase a mi mismo con las uñas y las garras, aún así sería arrebatado de mi mismo hacia la muerte y sería desligado de mis propias fibras y llevado a donde no quisiera ir. ¿En qué quedaría mi delirante voluntad de superhombre cuando viniesen a llevarme? ¿cerraré voluntariamente los ojos ante la sentencia de muerte que pesa sobre el hombre y a la que sí es absolutamente perentorio resignarse, aún en el rostro de la mentira fatal de la serpiente?

Aquel que nos sentencia es nuestro Dueño. La caricia compasiva del humanismo ¿no esconde acaso su resignación secreta? La rebeldía del humanismo da coces contra el aguijón. La psicología moderna se ha puesto de rodillas y por lo menos reza esta oración: -¡acéptate a ti mismo! ¡acéptate! Mas, ¿qué significa este intento de consuelo? Fui descubriendo que no es otra cosa que tener que confesar: -Señor, a mi pesar, no puedo escaparme de mi mismo, ni de mi monstruosidad ante Ti; no puedo escaparme de Ti! Bien, pasamos de Subia y sin detenernos más por el camino llegamos Benigno y yo hasta la ciudad de Neiva. Descendimos desde la fría cordillera de los Andes al caluroso valle del Magdalena; como si fuese desde la filosofía a la realidad de la calle. En Neiva no teníamos Benigno y yo donde dormir esa noche. ¿A dónde dirigirnos? ¿no sería más seguro acudir a las autoridades del lugar? Efectivamente nos dirigimos a la comisaria policial y presentándonos

como transeúntes les solicitamos hospedaje. Los policías no encontraron mejor forma de hospedarnos que a la intemperie en el patio de los presos. Pasamos la noche con los prisioneros en el patio de la cárcel. Claro está que los policías dejarían nuestro equipaje con ellos y nos lo cuidarían.

Esa noche aconteció el normal cambio de guardia, y al otro día, cuando habíamos de salir, había desaparecido mi cantimplora de mi equipaje que había quedado en manos de la policía. ¿Quiénes eran entonces los ladrones?. Mientras habíamos estado conversando amigablemente con los presos esa noche en el patio de la cárcel, de entre nuestros amigos policías se habían robado mi elemento. A lado y lado de la misma reja vivían policías y delincuentes, hombres muy parecidos. Yo había soñado con mi cantimplora. Era nueva y tan bonita y útil a mis ojos cuando la compré en preparación para el viaje. Este fue el estreno en tierra calurosa.

Yo había querido liberarme de las ataduras de mi gente, de mis seres queridos; pero había corrido para internarme en la maraña de gentes extrañas a las que no podía eludir. Estas gentes no eran precisamente las mías, pero era el hombre y yo era también el hombre y estaba entre los hombres. ¿Cómo habrían los extraños dar amor a un desconocido? yo era un *hippie* rebelde de cabellos largos, ambulante y vagabundo, digno de toda sospecha, mirado de reojo y ridiculizado por aquellos mismos a los que también yo miraba de reojo y ridiculizaba. Simplemente hubimos de salir Benigno y yo, no sólo de la cárcel, sino también de la ciudad, y ubicarnos en las afueras a orillas del río Magdalena. Si en la misma comisaría policial se habían robado mi cantimplora, ¿cómo confiar de allí en adelante en tales parajes?

Después de comentarlo, nos sentamos a orillas del Magdalena a practicar ejercicios de yoga para relajarnos y reposar. Pero ¿cómo reposar si apenas llevábamos un día de viaje? apenas habíamos avanzado cientos de kilómetros, pero mientras más se devoran las distancias, más se achica el mundo, y mientras más lejos nos vamos, más cerca nos parece el lugar de donde habíamos partido. ¿Para qué reposar entonces tan pronto? era necesario avanzar y avanzar más porque estábamos aún muy cerca del punto de partida.

Yo había salido para buscar la paz y la libertad, pero las confundía aún con el reposo de las circunstancias. ¿Cómo reposar si a la paz había que buscarla? y ¿cómo ser libres estando tan atados a lo que esclaviza

Caminante

convirtiendo en tierra de esclavitud a aquella de la queremos libertarnos? ¿Y si amase desinteresadamente, no estaría libre y en paz en cualquier lugar? Pero yo era esclavo de la libertad y quería avanzar y avanzar más, sin reposo ni paz, como un siervo del camino.

Entonces llegamos a la ciudad de Popayán, capital del departamento del Cauca, en Colombia. Esa noche dormimos incómodamente en una garita al lado de la vía férrea. Como la garita era estrecha, uno durmió sobre la banca y otro en el piso atravesado en diagonal. Ninguno de los dos podía estirarse. Entonces, al amanecer el día, Benigno se devolvió para su casa en Bogotá. Yo partí rumbo más hacia el sur, hacia la ciudad de Pasto, capital del departamento de Nariño, en Colombia. Yo no quería regresar.

Tenía que avanzar y avanzar. Todo el mundo estaba delante de mí. No podía detenerme. Mi ambición era recorrer el mundo entero. Tal ambición me hacía despreciar lo poco del camino avanzado. Ante tal ambición no podía disfrutar de lo corto del recorrido. ¿Cómo podría detenerme a disfrutar mientras me faltara tanto? ¿era por la falta por lo que no disfrutaba? ¿o era por no disfrutar que me faltaba? La vergüenza del poco recorrido alejaba lo que quería cerca, y el amor por lo lejano me acercaba la vergüenza. Pero de todas maneras la vergüenza era la salud de la búsqueda.

En la ruta a la ciudad de Pasto encontré a dos argentinos raidistas que ya habían recorrido Sudamérica y volvían a su patria en el extremo sur. Yo les mentí. Para parecer más recorrido les dije que era italiano, y a la verdad también lo soy por derecho de consanguinidad, pero además les dije que hacía dos años había salido de Europa y que llevaba recorridos muchos países. Pero era mentira; ni siquiera había salido de Colombia. La imagen que yo quería brindar de mi mismo me exigía demasiado. Mentí tontamente. Cualquiera podría darse cuenta de que yo era un colombiano con el puro acento de Bogotá. Ellos me lo hicieron saber, pero yo continué con mi mentira por bastante tiempo. En cuanto me sintiera cerca del punto de partida, aparentaría figurar como si fuese mayor mi recorrido. Pero el que verdaderamente es recorrido aparece cercano y familiar.

¿Dónde estabas libertad cuando la imagen de mi mismo me tenía atrapado? Sobre mí se había impuesto una ambición de figurar muy exigente, pienso, desde mi temprana edad, además de haber nacido de Adam. Cuando estaba en el colegio Salesiano estudiando secundaria,

recuerdo que mi complejo de inferioridad se trocó cuando el sacerdote prefecto disciplinario del colegio me informó que el resultado del test psicológico había revelado en mí un elevado cociente de inteligencia. Desde aquella información me sentí inteligente. Otro sacerdote psicólogo me había dicho en la entrevista que yo era un niño lo mismo que los demás; pero yo sospeché que esa aclaración la hacía justamente para que yo no me sintiera diferente. Así que me seguí sintiendo diferente, inteligente y como necesitado de ser distinto. De esa manera, pues, he sido uno más de los demás.

En la primaria había sido un buen alumno, y la profesora de segundo me exhibía entre los de tercero. Luego el profesor de tercero quiso pasarme a quinto, saltándome el cuarto, pero mamá no quiso para que no quedaran lagunas en mi educación. Mucho he tardado en comenzar a aprender que la libertad comienza por librarse del yugo de un sí mismo inaceptado y a la vez idolatrado. ¿Cómo siquiera sospechar en aquel tiempo quién sería el que me habría de librar de mi altísima exigencia por figuración, la cual debía ser siempre de tipo especial, y además figuración aceptada por los demás, aunque yo mismo no me aceptara, pero al mismo tiempo, como dije, me idolatrara?

Había comenzado deseando ser libre haciéndome egoísta dueño de mi mismo y para mi mismo; pero cuando luchando contra valores establecidos me imaginé mío, entonces me asaltó la irresistible pregunta: ¿Y mío para qué? ¿qué hago yo conmigo mismo? El absurdo de mi existencia me llevaba a descubrir que aquella cacareada libertad no era tal sino la esclavitud a una existencia sin sentido que pesaba sobre mí sin haberla escogido.

Erich From había intentado salir del atolladero tomando prestado del judeocristianismo el ideal del amor, pero eludiendo de él las implicaciones metafísicas. Había que doblegarse ante el amor, a diferencia de Nietzsche, pero manteniendo la separación, por incredulidad y/o rebelión, del Estructurador del Amor. Pero qué sospechosa, voluble y superficial, apenas circunstancial, resulta tal moral huérfana y caótica que no ama al más digno de ser amado. Con qué facilidad se manipularía el concepto de amor y qué clase de amor resultaría del acomodo continuo de los intereses propios, si no se reconoce al amor en la revelación de Dios. Si no se reconoce la implicación metafísica y eterna del amor, se pierde la esencia misma de éste. ¿De dónde sostendría el hombre su ideal? ¿acaso de la

Caminante

conveniencia pasajera? pues he allí que la conveniencia pasajera es la enemiga misma del amor. El verdadero amor es la Cruz. ¿Se sustentará el amor de su propia necesidad? El hombre necesita más que un conveniente amor estratégico-social que le haga más llevadera la vida en este mundo. La necesidad es más profunda, la necesidad es metafísica. El hombre necesita ser amado eternamente y para la eternidad. La historia religiosa del hombre demuestra esa necesidad. Yo no puedo contentarme con un optimismo meramente terrenal. Mi dignidad demanda la eternidad, el amor eterno, la gloria eterna. El optimismo huérfano no sería más que la careta sonriente del melancólico payaso. La realidad de la muerte, del dolor y del mal, no es motivo suficiente para la resignación. El hombre necesita un Salvador que sea divino y a la vez humano, no simplemente un psiquiatra resignado. Necesitamos al Cristo resucitado al cual debemos agradecer el haber irrumpido en la historia de los hombres. ¿Por qué se molestan algunos con esta historia? ¿y por qué traicionan el verdadero amor? Estemos agradecidos por esta historia que abrió las puertas de la esperanza y del sentido metafísico y eterno del hombre.

Pero mientras yo estaba en la ciudad de Pasto con los dos argentinos raidistas, mentía para presentar una imagen aceptable; hacía lucir las cosas de manera que resultasen favorables a mi figura delante de los demás. No obstante, mi deshonestidad me rebajaba a mis propios ojos. ¿Para qué seguir engañándome más a mi mismo?

Durante un tiempo, todavía en Bogotá antes del viaje, yo había llegado a pensar en ser totalmente honesto y sincero, decir las cosas como son y explicar abiertamente los motivos de mis actitudes. Pensaba yo que con tal actitud podría justificar y demostrar comprensibles todas mis actitudes. No obstante, mi sincera búsqueda de la honestidad y de la misma sinceridad chocaba con vergüenzas y ensueños; y vencer tales reservas era como emprender una lucha contra la naturaleza. ¡Qué fácil era cansarse, descuidarse y encontrarse de nuevo fingiendo! Gobernar yo solo este asunto de mi verdadera identidad me parecía una lucha titánica. Con pocas fuerzas hacer frente a demandas perfectísimas, me hacía sospechar de la imposibilidad de la empresa. Era la empresa de mi propia identidad. Anhelaba lo más perfecto, pero descubría lo contrario; y no sólo yo lo descubría, sino que mis fracasos eran claramente notorios a los demás.

¿Qué seguir haciendo? por lo pronto, en este viaje ahora, seguir caminando. En la ciudad de Pasto fuimos a la plaza central; nos

sentamos allí en el suelo, recostamos las mochilas y empezamos a cantar. La gente comenzó a rodearnos. Los argentinos hicieron un letrero que decía: «Estudiantes Argentinos Raidistas» y colocaron cerca del letrero una cajita y seguimos cantando. La gente voluntaria ofrendaba de su dinero en la cajita, con lo cual pudimos continuar el viaje. Con ellos viajé hasta Quito, la capital del Ecuador.

Al cruzar la frontera entre Colombia y Ecuador sobre el puente de Rumichaca, tuve que pagar un impuesto de \$500. Entonces usé lo que papá me había regalado. Mi dinero quedó reducido a \$300. Con eso salí de Colombia el 7 de abril de 1971. Cruzamos la frontera al atardecer y fuimos a unos baños termales cerca de la frontera. Nos bañamos allí y después de comer queso y sardinas dormimos en los alrededores de los termales.

Al día siguiente continuamos a Tulcán, después a Ibarra y así hasta Quito. Había comenzado para mí el entusiasmo de conocer otro país. Otro detalle, sin embargo, minaba mi dignidad interior. Los dos muchachos argentinos que ya regresaban a su patria tenían la costumbre de pedir dinero a la gente en la calle para ayudarse a continuar el viaje. Tuve mis reservas, pero si quería seguir en su compañía tenía que compartir la tarea de «retacar». Esa clase de dependencia se fue haciendo entonces cada vez más molesta.

Una vez llegados a Quito fuimos a comer a un restaurante. Mientras estábamos allí, los dos argentinos se las arreglaron para deshacerse de mí y en aquel restaurante desaparecieron de mi vista con una excusa y no los volví a ver.

En Quito conocí a otro joven colombiano que me llevó a su pensión y me presentó a otro argentino radicado en Ecuador y que era el director de un programa de arte moderno en la televisión. Yo componía canciones y llevaba mi guitarra. También llevaba conmigo una carpeta con mi colección de cuentos cortos que me había publicado el diario La República de Bogotá. Concertada una entrevista, me presenté en un canal de televisión a través del programa de arte moderno. Respondí a las preguntas premeditadas durante la entrevista y canté dos canciones de mi cosecha. Entonces me invitaron de otro canal de televisión para presentarme también allí. Parecía que en Quito se me abría la puerta para entregarme al arte de mis canciones. Podría haberme detenido en Quito y haber tomado ese nuevo rumbo que se abría delante de mí con tentadoras posibilidades. Pero mis inquietudes de recorrer el mundo y

Caminante

de continuar el sentido de mi viaje no me permitieron asentarme tan pronto apenas recién salido. Decidí seguir mi correría. En aquel día debía asistir a una entrevista con el otro canal para ultimar los detalles de la presentación, pero no asistí a la cita. Salí a las afueras de la ciudad de Quito y tomé rumbo a la ciudad de Latacunga.

Quito había representado la tentación de un desvío en el camino. Aquel director de arte moderno era homosexual. Una vez en su apartamento, a donde fui para tratar del programa de televisión, mientras yo estaba distraído, él desfachatadamente se colocó de espaldas frente a mi y me tomó de los brazos haciendome rodearle con ellos. Me resistí. Entonces quiso convencerme con su filosofía. Se sentó en su escritorio y comenzó a hablar tenebrosos disparates. Agradezco a Dios que me libró de tal influencia y pude negarme y contradecirle. Si me hubiera quedado en Quito en el ambiente artístico, hubiera tenido que compartir con esa clase de gente.

En el viaje a Latacunga fui solo, pero todavía llevaba conmigo mi figuración. Un buen hombre me recogió en su coche y me habló de la hospitalidad de su tierra, me invitó a tomar helado en el camino y charlamos durante el viaje. Yo seguí mintiendo como a los argentinos, e incluso fingiendo el acento. El hombre se mostró muy amable, como quien pinta a los turistas las excelencias de su terruño.

A lo largo de todo mi viaje posterior fui descubriendo esa actitud típica de muchas personas para con los extranjeros. Fui notando que los hombres somos muy parecidos a pesar de la diferencia de nación y de costumbres. Y es que antes de pertenecer a una nación, pertenecemos a la humanidad; y ese rasgo humano nos identifica a pesar de las diferencias folclóricas. Aunque varían las costumbres, los paisajes y las circunstancias, con todo, se destila un parecido en los hombres que nos hace definitivamente hermanos. Sin embargo, noté también que cada cual se identifica más con lo suyo, lo nacional, lo accidental, que con lo genérico de la raza humana. Así resulta cada pueblo contando las exquisiteces de su particularidad, discriminando al resto de sus hermanos parecidos nacidos un poco más allá de la móvil frontera, hecha frontera por el pensamiento. Si varios pueblos habían participado en una guerra, cada parte contaba la historia en forma favorable para su nación y sus héroes. Cada país decía haber sido suyo el territorio. Pero cruzando la frontera cambiaba la historia aunque se tratase del mismo episodio. La guerra había sido la misma, pero otros

los héroes, otra la interpretación. ¡Oh, nuestra esclavitud humana bajo la figuración! ¡cuán inaccesible parece la ruta de la honestidad! El temor de no ser aceptados nos juega una mala pasada. Entonces comenzarían a resaltar en mí las razones de Jesús que dijo: «¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?»¹ Ante el Dios vivo no podemos figurar. Se me hacía necesario aprender esto; entonces la libertad se acercaría a mis puertas. Para ser libre debo ser honesto, pero también debo recibir el perdón.

Ahora hacía horas que esperaba en las afueras de la ciudad de Latacunga por un vehículo que me adelantara un poco más allá; pero ya atardecía. Entonces un niño se acercó a mí y me dijo que de su casa me estaban invitando. Me levanté y fui con él. Sus familiares me habían visto allí durante todo ese tiempo y entonces me hicieron llamar para prestarme sus servicios. Me invitaron a comer, me permitieron bañarme y nos pusimos a charlar. Eran la familia Orellana de las afueras de Latacunga y que pertenecían a los a sí llamados testigos de Jehová. Me invitaron a quedarme con ellos por algunos días. Lo hice. Fui a sus reuniones en el llamado salón del reino. Mi interés por la Biblia fue entonces abonado en aquella parada. Estuve cerca de una semana compartiendo con aquella familia.

Entonces encontré en la ciudad a dos raidistas, uno uruguayo y el otro paraguayo, con los cuales seguí viaje hasta la ciudad de Riobamba. La ciudad estaba de carnavales. Por la noche nos encontramos con un hombre que estaba borracho, el cual nos llevó a pasar la noche en casa de sus parientes. Estos, con mucha hospitalidad, se levantaron y nos atendieron. Dormimos allí y aquel hombre viajó al otro día dejándonos en casa de sus parientes. Era la familia Oñate Navarrete de Riobamba. Esta familia nos atendió muy bien y nos invitaron a pasar unos días con ellos durante el carnaval. Entonces me presenté en dos emisoras radiales cantando y dedicando las canciones a la querida familia que nos hospedaba. También con el paraguayo hicimos una presentación artística en un escenario del carnaval. Así obtuvimos algún dinero. Pasada la semana decidí continuar viaje solo hacia la ciudad de Guayaquil. Entonces, como recuerdo, en aquella despedida con los Oñate Navarrete, yo les dejé mi guitarra y ellos me dieron la suya; también les dejé mi Biblia de la versión Watchtower, y ellos me dieron

¹Juan 5:44

Caminante

autografiada la de ellos de la versión Reina-Valera del '60. Yo no sabía que sin proponérmelo yo, Dios me estaba cambiando la versión justo a partir del momento en que la Biblia sería mi principal compañera.

En Guayaquil busqué la dirección de un raidista ecuatoriano que yo no conocía, pero que por ser caminante quizá me ayudaría. Lo encontré y posé en su casa por unos días en los cuales tuve también la oportunidad de presentarme en otro canal de televisión donde canté una canción que había compuesto recientemente: país de Dios:

*Cada día encontraré
un lugar tranquilo
donde pueda descansar del viaje.
Cada día encontraré un hogar
que me haga sentir
en mi tierra natal.
¡Oh, ¿por qué habría de temer partir
si todo el mundo es bello para mi?
Ahora quiero recorrer
todo el país de Dios.*

Canté esta canción en la televisión de Guayaquil, y el director del programa preguntó a la audiencia, pues era un programa en vivo, qué preferían: si quedarse con su sociedad, o salir a vivir como yo. La juventud le contestó desde la platea que preferiría salir como yo. Me preguntó entonces que por qué yo abandonaba la sociedad. Le dije que estaba podrida.

Terminado el programa recibí algún dinero y entonces me dirigí hacia la frontera con el Perú, Huaquillas-Aguas Verdes. Con la documentación lista pasé hacia Túmbez en el Perú. El paisaje cambió. El verdor de las praderas se tornó un desierto de arena a orillas del océano Pacífico. La ruta panamericana sería mi hogar por algún tiempo. Después de haber dormido en Túmbez sobre el sofá médico de un consultorio, comencé a devorar kilómetros a través del desierto bordeando el Pacífico. Dormía a veces viajando en camiones. El paisaje era nuevo y hermosísimo para mí: arena y mar y la interminable ruta que pasa por Piura, Chiclayo, Trujillo, Chimbote.

Durante esta parte del viaje perdí gran parte de mis documentos de identidad. Sería quizás una señal de que mi vieja identidad comenzaría a cambiar. Había perdido parte de mis documentos y el paisaje había cambiado. Ahora viajaba solo a través del desierto hermoso y desolado.

Ya no leía tanto como en Colombia. El intelectualismo había perdido su caldo de cultivo. Cuando estaba en Bogotá estaba sumergido en un bosque de lecturas, música, cine, arte, literatura. Me sentía mal si algún día no escribía algo, o componía alguna canción, o leía algo, u observaba alguna película o exposición. Había estado aturdido entre el ramaje de cientos de árboles de diferentes formas que proyectaban diferentes sombras. Ahora en el desierto, todo aquello había terminado. Estaba en medio de la soledad de las playas peruanas, sin libros, ni cine, ni música, ni exposiciones humanas de arte, porque sí de Dios en la naturaleza. Ni siquiera llevaba el diario de mi viaje. Comenzaba a cambiar. Con razón perdí mis documentos. Más adelante perdería el resto. Ahora estaba solo conmigo mismo alejado de aquellas influencias y de mis conocidos y de mis hábitos. Ahora estaba entre el cielo y el desierto a orillas del gran mar. ¡Qué inmenso arenal con sus bellas dunas formadas por el viento invisible! ¡qué bello mar de horizonte azul y libre de accidentados altibajos! ¡qué cielo sereno, sin lluvias, porque no llueve en el desierto del Perú!

Una mañana, en Chiclayo, después de haber dormido a la intemperie sobre la arena al lado de la pared de una casa, me levanté y alguien me vio en la calle. Era un hombre que por aquellos días estudiaba con los a sí llamados testigos de Jehová a los que su esposa pertenecía. Se acercó y entabló conversación conmigo. Me invitó a desayunar en su casa y me pidió que me quedara con ellos unos días. Una noche, mientras dormía en su casa, tuve una pesadilla. Soñaba como si una telaraña oscura quisiera atraparme dentro de una gran oscuridad. Entonces comencé a clamar dormido: ¡enciendan la luz, enciendan la luz!. La dueña de la casa encendió la luz y vio que yo deliraba en sueños. Entonces desperté de aquella pesadilla. Ella me dijo que puesto que yo me estaba interesando en las cosas de Dios, Satanás había venido a atacarme. Después dormí normalmente.

A mediodía ella invitó a almorzar a uno de los predicadores de su organización para que hablara conmigo. Pero en la charla no nos pudimos poner de acuerdo, porque yo decía que nosotros y Dios debíamos llegar a ser uno, como había dicho Jesús: «*Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad*». ² El predicador decía que esa unidad era en propósito, pero yo entendía que era una unidad vital, participando de la naturaleza divina. Le dije que si en mi experiencia de

²Juan 5:23

Caminante

muerte clínica con hongos yo había llegado a pensar que me encontraba con Dios mismo, pues mucho más real y verdadera sería la unidad de la que hablaba Jesús, y no tan solamente una unidad o acuerdo de propósito. Vi en sus rostros la desilusión, pero me desearon que algún día encontrara la verdad. Claro que se referían a su punto de vista. Este asunto de la unidad con Dios era el verdadero llamado de mi vida. No sé como intuía que se trataba de un banquete eterno en el seno de la Deidad.

Recuerdo que cuando estaba en el colegio durante la primaria, y leía en el recreo los evangelios, aquel pasaje era el que más me impresionaba: «*Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros*». ³ El clamor de mi alma no podía permitir que se diluyera ese anhelo de mi ser con interpretaciones exteriores no espirituales.

Entonces pasé a Chimbote. Allí, en este principalísimo puerto pesquero, intenté embarcarme por mar, pero no pude hacerlo. Dejé entonces Chimbote, y al pasar por Casma, vi las ruinas que aquel terrible terremoto había dejado recientemente en esa ciudad. Dos empresarios españoles me recogieron en su camioneta hasta Lima. Durante el camino probé con ellos por primera vez el ceviche de pescado crudo con limón, cebolla y ají.

³Juan 1:21

Capítulo 4

Un Nuevo Horizonte

A mediados de mayo de 1971 llegué por primera vez a la ciudad de Lima. Me hospedé en la sede del APRA, una agrupación política liderada por Víctor Haya de la Torre, a quien conocí personalmente. Tal partido mantenía un comedor popular donde por bajísimo costo daban de comer al pueblo. Allí conseguí varias veces gratis mi sustento mientras estuve en Lima.

Yo recibía las contestaciones a mis cartas en los consulados colombianos de cada capital visitada; pedía que me escribieran a la embajada del próximo país que pensaba visitar. Fue así que en el consulado de Colombia conocí a un peruano dueño de un café-concert en uno de los barrios adinerados de Lima, San Isidro, Miraflores. Allí tuve la oportunidad de presentarme con una serie de mis canciones y conseguí algún dinero.

También en un diario de la ciudad, otros raidistas colombianos que conocí en Lima y yo, pusimos un aviso solicitando apoyo como estudiantes raidistas. Entonces un residente colombiano que pensaba volver a Colombia nos hizo llamar a su casa para ayudarnos. Fuimos dos de nosotros. Allí nos regaló una carpa de playa, la cual dejé para mí; también nos dio un arrume de revistas y un tocadiscos.

Entonces me fui a la plaza central de Lima, y a los pies del monumento al héroe, ya no recuerdo si Bolívar o San Martín, coloqué las revistas en el suelo para que la gente que pasaba las pudiese comprar. Se nos prohibió luego permanecer allí. Entonces nos trasladamos a una esquina en el centro al lado de un banco, y vendíamos las revistas. Pero la esclavitud de tener que atarme a esas revistas todo el tiempo para poder conseguir dinero me pareció una vida en exceso limitada. Entonces nos arriesgamos a dejar las revistas con una simple cajita para el dinero y un letrero que decía: «Lima ciudad honrada. Retire su revista y deposite \$5 soles en la cajita.» De esa manera dejamos las revistas y la cajita del dinero a merced del público y salimos a conocer mejor la ciudad con mayor desenvolvimiento y despreocupación. Si robaban que robasen, pero que no se nos robara la libertad de movimiento.

Caminante

Cuando regresamos después a la esquina de las revistas, encontramos allí las revistas restantes y el debido dinero de las que habían sido retiradas en la cajita allí. En el momento de acercarnos al puesto vi a una señorita que quería una revista y no sabía donde pagar. Miró a todos lados y no encontró a nadie. Nosotros a propósito, para observarla, nos hicimos de lejos los desentendidos. Ella entonces abrió su cartera, sacó el dinero y lo puso en la cajita, y se llevó su revista. El público resultó honrado.

Después llegó un policía de orden público y preguntó por el tocadiscos. Quería confiscárnoslo porque no teníamos papeles de compra, pues nos lo había regalado aquel colombiano. Le explicamos el asunto, pero el policía estaba interesado en el tocadiscos. Entonces nos puso en un aprieto: o se lo vendíamos a un precio muy ínfimo que él propuso, o nos lo confiscaba. A regañadientes se lo tuvimos que vender baratísimo para no perderlo del todo. Se montan tremendos trámites burocráticos para evitar la ilegalidad, pero la gente honesta que escoge andar legamente no necesita que se le someta a esos interminables trámites burocráticos; en cambio, los que quieren vivir deshonestamente se aprovechan de la misma burocracia para hacer sus trampas y cometer sus fraudes. Por eso sucederá lo que dice la Biblia: "Lo que tú hiciste se hará contigo";¹ y también "*Lo que el hombre sembrare, eso también segará*";² además, "El que a espada mata a espada muere".³ Esa es la triste realidad de la sociedad humana. ¡Cuán verdaderamente necesitada está de un civismo cristiano! ¿Será que la civilización ha de esperar hasta el otro mundo? ¡Que la sal de los discípulos de Cristo no se haga insípida! ¡que fermente la masa en reconciliación por medio del amor y la verdad!

Una noche, andando por la ciudad de Lima con un chileno y un colombiano, íbamos a pie por una avenida de Miraflores a medianoche, y estábamos lejos del lugar donde dormíamos. Entonces pasó un hombre adinerado en un auto rojo deportivo y le hicimos señas para que nos llevara hacia el centro para no tener que caminar tanto. El hombre nos recogió en el auto, pero en lugar de llevarnos al centro, se dio vuelta y nos llevó a las afueras de la ciudad en busca de prostíbulos.

¹ Cfr. Mateo 7:12

² Gálatas 6:7

³ Cfr. Génesis 9:6

Mis acompañantes estaban muy entusiasmados, pero yo no quería hacerlo porque, en primer lugar, nunca lo había hecho y temía; segundo, mi fibra moral había comenzado a templarse desde que leía la Biblia. Me sentí llevado por necesidad donde no quería ir, pero sin el valor necesario para expresar mis sentimientos y desacuerdo. El hombre llegó a dos lugares, pero en ninguno de los dos encontró lugar para que pasáramos la noche. Gracias a Dios. Entonces, sin más ni más, el hombre nos dejó dormir en su auto deportivo en el garage de su casa. Fue una noche un poco incómoda. Al día siguiente nos levantamos, nos invitó a desayunar y partimos.

Hubo un detalle que aprendí experimentalmente a todo lo largo del viaje. La gente pobre era más amable conmigo y me ayudaba más aunque sus posibilidades eran inferiores. Los pobres parecían darse más. Valoraban más al hombre y compartían con él de igual a igual, brindando aun su propia cama, su comida, su amistad y más de su tiempo. Era difícil encontrar a un rico que hiciera lo mismo. Estos eran como si celasen su pequeño paraíso de comodidades materiales, escondiéndose y rehuyendo a los intrusos. Los pobres parecían orgullosos de poder brindar la excelencia y lo mejor de sus tesoros tan difícilmente conseguidos, pero tan fácilmente compartidos. Su paraíso, el de los pobres, era en el reino de lo más digno; el de los ricos en el reino de lo más bajo. El sentido común y su natural humanidad era suficiente para los pobres comprender sin cultura. La excesiva cultura, sin embargo, de algunos, los enajenaba de la vida normal y cotidiana. Lentamente, a lo largo del viaje, fui descubriendo el valor de la sencillez. El desprecio que los aristócratas sienten hacia la gente común, los ciega para ver las riquezas de la profunda humanidad que hay en el común. Tales riquezas les avergonzarían si las conocieran. Yo sé que andando el tiempo, los despreciadores serán avergonzados y los despreciados serán vindicados. Jesucristo se movió entre los hombres con una valoración excelente.

La verdadera comodidad está en lo familiar, en lo comprensible, en lo amable, en lo tolerante, en lo más dignamente humano. Estos fueron los principales rasgos del paraíso. ¡Cuánto gastan los hombres para edificarse un pequeño paraíso rodeado de muros elegantes, pero cuán poco comprenden cuáles son los ingredientes verdaderamente necesarios para el Edén! No hace falta una piscina; están bien los arroyos, los ríos y las playas. No hace falta comer enlatados exóticos e importados de extraño gusto y dudosa salubridad; basta con las

Caminante

abundantes frutas baratas de la estación. No hace falta un modelo barroco para el lecho; basta un buen sueño bien merecido. No hace falta un pulido lenguaje técnico que nos hace difícil entendernos; basta con entendernos bien. No hace falta engalanarnos con la ceremonial máscara macabra que nos haga respetar mediante títulos y distinciones honoríficas; basta una fibra moral digna para que los corazones honestos nos den testimonio. La fe nos dará todas estas cosas necesarias para el paraíso. El amor nos dispondrá el Edén. La dignidad abrirá las puertas. La paciencia y la esperanza aumentarán la gloria, sin dejar de decir que ellas mismas ya son una gloria. La gente común no se está engañando con un futuro feliz escatológico; el creyente es ya feliz desde este mundo. Su vivencia interior es más plena, más jubilosa, más agradecida; es, en definitiva, más feliz.

Desde Lima partimos un grupo de cinco, 4 colombianos y un peruano. Los conocí en Lima y también estaban recorriendo Sudamérica. Subimos hasta la ciudad de Huancayo remontando la cordillera de los Andes. Uno de los colombianos habló con el dueño de un restaurante diciéndole que éramos estudiantes en viaje de conocimientos. Se nos brindó mesa gratis. Dormimos en el Centro Don Bosco de los salesianos. El paisaje comenzaba a cambiar de nuevo. Ahora se trataba de las altas montañas de los Andes, clima frío y una hermosísima música indígena que llegué a apreciar mucho. Las carreteras por los Andes eran peligrosas, angostas, rodeadas de precipicios, serpenteando ladera abajo. En una ocasión nos bajamos del camión y mientras este continuaba con nuestro equipaje siguiendo la ruta que serpenteaba yendo y viniendo, nosotros bajamos a pie en línea recta descendiendo a lo largo del precipicio, y llegamos primero al lugar por el que debería pasar el camión que nos traía. Mientras el camión daba la vuelta, nosotros nos desentumimos haciendo un poco de ejercicio en el descenso.

En una localidad de nombre Andahuaylas me hospedé de nuevo en una comisaría policial durmiendo en el suelo. La policía del Perú era muy atenta con los turistas. Todo el equipaje que yo llevaba comenzó a estorbarme. Me di cuenta de que no era necesario cargar con tanto. Con razón Jesús dijo a sus discípulos que no llevaran bolsa ni alforja. Son una gran molestia. Entonces en Andahuaylas vendí la carpa y la marmita a un oficial de policía. Ya antes en Guayaquil había regalado una manta por las mismas razones. Pero ahora, por causa del frío, había

comprado dos nuevas de lana en el Perú, las cuales me han acompañado desde Lima hasta el día en que escribo esto.

En Ayacucho, otra ciudad andina, nos hospedamos en la residencia universitaria. Así, de esa manera, viajando gratis en los omnibus y camiones, llegamos a la ciudad del Cuzco que tanto deseaba conocer por guardarse en ella los restos de la antigua cultura de los Incas. En la plaza del Cuzco me deshice de la mayor parte de las ropas vendiéndolas a las personas que se acercaron y regalando otras. Así mi equipaje quedó más liviano. Me quedé con la ropa puesta, una muda, la tula de mis mantas y documentos, la guitarra y la Biblia. Visité las ruinas de Sacsahuamán. El grupo se dividía de tanto en tanto para viajar mejor y encontrar más fácil hospedaje. Nos encontrábamos más adelante.

Entonces tomé un tren y me fui a visitar la antigua ciudad en ruinas de los Incas que se había hallado escondida en la selva sobre un monte. Se trataba de la ciudad de Machu-Pichu. Mientras tanto me alimentaba de maíz choclo y cuajada de queso. Recorrí el lugar maravillándome de la construcción y como internándome en el pasado remoto.

Era un ambiente propicio para la meditación. La música indígena de los Andes, el paisaje desolado de las alturas, y el encuentro con el pasado entre las ruinas incaicas, sirvieron de marco para profundizar mi sentimiento místico. Parecía elevarme a esa dimensión del hombre y descubrir un vasto terreno misterioso. Arriba en el altiplano me parecía estar cerca del cielo. El paisaje era hermosísimo; tan remoto y místico que hablaba profundamente a mi fibra religiosa en las profundidades; despertaba anhelos insospechados. Dios profundizó su atracción de mí en Machu-Pichu de una manera extraordinaria.

Al salir de Cuzco hacia Sicuani, la tula mía con ciertos documentos, el cartón de bachiller y los certificados y notas de mis estudios universitarios, fueron llevados por mis camaradas y yo quedé con algo del equipaje de ellos, pues nos dividimos apurados para ir unos en un camión y otros después. Fue una equivocación. Cuando recién nos encontramos varios días después en Bolivia, ellos se habían desecho de mis cargas y habían dejado mis documentos en el consulado de Colombia en La Paz. De manera que el altiplano lo recorrí sin mayores cargas; pero llevaba conmigo mi guitarra ecuatoriana desde Riobamba.

La planicie del altiplano era hermosa. Sus pastos secos, amarillos y espaciados; el sol estaba más cerca, más grande, y quemaba con sus rayos sin calentar en aquel frío de las alturas. El silencio y el viento, el

Caminante

altiplano y el firmamento, las llamas y vicuñas y las pocas nubes de aquel azul inmenso, todo me impresionaba como si se tratase del cielo. Estaba en el techo del mundo. Pensé que si yo filmaba una película, escogería aquel lugar para representar el cielo. ¡Oh, aquellas alturas místicas! parecían marcar en mi reloj la hora de remontarme. Mis anhelos espirituales se intensificaron en aquellos parajes.

Al llegar a la ciudad de Juliaca descubrí que el traqueteo del viaje había resquebrajado mi guitarra. Entonces la recosté en la pared de un edificio y la dejé para siempre. Continué viaje hacia la ciudad de Puno y me hospedé en las residencias universitarias. Escuchaba música clásica en la plaza, pues el párroco de la catedral la emitía desde allí con alto-parlante. Conocí entonces el mítico Lago Titicaca.

A pesar de las diversas esporádicas compañías en distintos trechos del trayecto, yo andaba principalmente solo. Los ocasionales acompañantes no llenaban mi necesidad de amistad. Éramos tan solo conocidos de paso. Todo esto me comenzó a despertar a una nueva realidad: la necesidad de la amistad; la amistad íntima y verdadera, profunda y desinteresada, la verdadera afinidad. En Bogotá yo había tenido amigos; algunos muy íntimos, muy queridos: Ricardo Torres y Ernesto Zerda. Ahora no tenía ninguno. Necesitaba esa comunión. No bastaba con algo circunstancial y superficial.

Sí, dos grandes necesidades fueron reveladas en lo profundo de mi ser en aquellas alturas andinas; dos necesidades muy definidas: la satisfacción del anhelo místico, y la hermosura de la verdadera e íntima amistad. Sí, del bosque salí al desierto para despejarme y desintoxicarme; y desde este subí a las alturas para reencontrarme.

¿Cuáles eran las verdaderas necesidades? ¿cuál era la substancia de la demanda verdaderamente humana? Porque muchas cosas creemos necesitar sin necesitarlas verdaderamente; y otras necesitamos sin percibirlo con claridad, sin saberlo. Esto era necesario descubrirlo. ¡Que el alboroto de las ilusiones desaparezca! para que en el silencio de la soledad la realidad se asiente. Descubrí que todo aquel equipaje con que me había cargado para darme seguridad, era tan solo un bagaje inútil, en nada imprescindible, y más bien una molestia. Había sido el mayor estorbo. El hombre busca seguridad, pero no sabe a dónde acude para encontrarla y en esto se equivoca grandemente. Se aferra a la materia y a las figuraciones, pero no sabe que éstas le serán un gran tropiezo. La preocupación por las cosas materiales y el afán de aparecer subyugan al hombre sometiéndole a una loca y delirante carrera falaz.

¿Para llegar a dónde? ¡a la desilusión! El abismo sigue al acecho y el terror y la ansiedad siguen crispando. Un amor profundo y eterno son el único lugar donde halla solaz el alma humana.

Yo quería un amigo; un verdadero amigo. Le pedí a Dios: Señor, dame un amigo; un verdadero amigo. Ahora yo comenzaba a saber lo que necesitaba; necesitaba un amigo. ¿Cómo saber aún que este debía ser eterno?

En mi viaje al desaguadero por donde fluye el Titicaca, en la frontera entre Perú y Bolivia, conocí a un joven sueco: Jan Allman de Upsala. El no hablaba castellano y yo no hablaba sueco; pero los dos nos entendíamos en inglés. Me pareció un hombre sincero, un buen hombre. Era viajero como yo. Pensé: ¿será este quien ha de ser mi amigo? Viajamos juntos hasta La Paz, Bolivia. Él consiguió una dirección donde dormir; yo no conseguí la misma. A él se le perdió su cámara fotográfica y yo la pude conseguir. Él tenía que viajar al Brasil para volver a su tierra; yo en cambio seguiría a Chile. Nos habíamos ya despedido y él me había dado su dirección en Upsala, Suecia. Ahora yo había encontrado su cámara fotográfica y podría haberme quedado con ella; pero cuando fui al consulado de Colombia por mis documentos de estudio que habían sido dejados allí, me encontré a Jan en el centro. Supe que no debía dejarlo pasar sin que le dijese que yo había encontrado su cámara fotográfica. Entonces se la entregué y él me lo agradeció. Pensaba que ya nunca la encontraría más. Nos despedimos y hasta hoy no sé nada más de él.

En La Paz, la primera noche dormí sobre los pupitres de un salón de clases en la universidad. Después hallé alojamiento en una institución de beneficencia del Ejército de Salvación. En La Paz yo tenía dinero y me alimenté bien. Aún me sobraba del dinero conseguido en Lima en el café-concert, y del dinero conseguido con la venta de las cosas, revistas, tocadiscos, carpa, marmita y ropa. De mañana me acercaba a una casilla de comestibles y me daba un buen desayuno: licuado de leche con banana y huevo, torta, zumo de zanahoria.

Entonces decidí viajar inmediatamente para Chile. Compré un boleto para el tren desde la Paz hasta Antofagasta, el cual pasaría por Oruro y Uyuni. Conocí, pues, durante este viaje las salinas de Uyuni cerca de la frontera entre los dos países. Al pagar la cena en el vagón restaurante me cobraron un precio elevadísimo debido al cambio de moneda, de manera que perdí mucho dinero. Así llegué a Chile.

Capítulo 5

El Palo Vertical

Durante mi estadía en Chile comencé a leer la Biblia intensamente. Puedo decir que fue allí donde se definió dentro de mí la singularidad de Jesús. La exquisitez de su aspecto moral hizo presa de mí y entonces me decidí verdaderamente a poner en práctica la moral cristiana. Claro está que la moral no lo era todo; pero por allí me acerqué. Capté que Jesús Cristo era algo más especial que un simple maestro o santón yoga. Sus preceptos eran verdaderamente magníficos. La libertad, el amor y la confianza del Cristo de los Evangelios eran verdaderamente un ideal definido y digno. En forma natural llegué a obedecer a la autoridad de sus demandas. Yo mismo me admiraba de haber creído. Sí, ahora creía en Cristo y tenía que disponerme a aceptar el resto de sus palabras. Entonces creí también en los angelitos. Y todavía creo. Con plena conciencia abracé la ingenuidad de la fe. Sabía que podía lucir ridículo, pero no me avergonzaba. Creí realmente por la gracia de Dios. Al recordar el inicio de mi fe debo reconocer que fue un milagro divino. Creía realmente y no entendía cómo fue que llegué a creer. Me asombraba el hecho. Ahora creía. Lo que antes había llamado fantasía e ilusión, escapismo y muletilla, ahora se abría delante de mí como algo perfectamente normal y real, inclusive científico, pues era histórico. Nada me impedía creer. La excelencia de Cristo justificaba sus declaraciones. Jesús Cristo sería desde entonces mi maestro especial, exclusivo. De entre todos los que levantaban la voz, la suya resultó más convincente, más satisfactoria. Descubrí por experiencia que para cada caso tenía la respuesta correcta. Encontrarlo a Él era encontrar la esperanza, la tranquilidad, el método, el sentido.

Ninguna de estas cosas tan necesarias al hombre, por las cuales se desgañita buscando, ofrecían las escuelas. Había yo estudiado y leído apasionadamente el psicoanálisis, había seguido a Nietzsche en sus disquisiciones, había abrazado el existencialismo, pero no quedaba satisfecha mi demanda por la verdad. Me intoxicqué de la literatura moderna, estudié psicología, antropología, sociología, filosofía, mística oriental, vi las mejores películas de los mejores directores de cine, escuché las más hermosas piezas musicales, conocí los parajes del mar

Caminante

y de sus playas, de la nieve de las cordilleras, de la selva, pero nada encajaba dentro de mí como Jesús Cristo. ¡Que diferente era!.

Entonces me comencé a sentir libre. Les escribí cartas a mis parientes y amigos. Marina Vergara, una compañera en mis estudios de psicología en Bogotá, me escribió expresándome sus dudas y diciéndome que quizá se trataba de una simple sublimación; que yo ya no era la persona tan libre que ella había conocido en Bogotá.

Le contesté que recién ahora me sentía verdaderamente libre; y procuré explicarle en los términos freudianos en lo que consistía la esclavitud. El *ello* y el *superyo* subyugaban al *yo* dentro de un círculo vicioso del cual no podía escapar. Era esclavo de sus impulsos y esclavo de las normas sociales, pero no era libre. Le expliqué que la irrupción de Cristo era una nueva fuerza que lo liberaba de la esclavitud a los impulsos del ello, y lo liberaba también de los absurdos de una sociedad enferma que no sabe lo que quiere ni puede lo que anhela. La irrupción de Cristo en la vida liberaba al yo del círculo vicioso de la esclavitud. Un nuevo poder, sobrenatural, controlaba ahora la dinámica y jineteaba liberando al yo de la opresión y el conflicto. Por medio de la realidad sobrenatural suplía ahora el ideal perfecto y la virtud para alcanzarlo, y controlaba el furor de la libido. Era, pues, más que una sublimación, pues esta se limitaba a la energía dinámica natural, pero Cristo aportaba una energía superior y libre. Había, pues, que aceptar a Cristo y colocarlo en la raíz del yo. Marina me contestó que era interesante, y luego de muchos conflictos y dudas sobre la salud mental, poco a poco, ella llegó también a convencerse de la verdad de Jesús Cristo. Así me lo hizo saber varios meses después.

Cuando llegué por primera vez a Antofagasta, Chile, estuve durmiendo en la playa debajo de una canoa; otra vez debajo de un escritorio de profesor en un salón de clases cerca a la playa. Mientras yo descansaba, vino el sereno y me encontró allí; pero yo hice como que dormía y él no me molestó. Después encontré hospedaje en una residencia universitaria.

Por aquella época era presidente de la nación chilena el médico marxista Salvador Allende, y estaban en el asunto de la nacionalización del cobre, el fuerte de la nación. La gente parecía muy hospitalaria, y muchos estaban orgullosos de que Chile hubiera sido el primer país donde el marxismo había ganado en las elecciones sin necesidad de una revolución sangrienta. El ejército en un principio se mostraba imparcial y la policía era muy cortés.

Recuerdo que una vez salí a conocer la ciudad de Antofagasta, y al pasar por la playa, encontré a dos *hippies* argentinos que acampaban bajo una carpa y estaban allí haciendo artesanías. Me acerqué a charlar con ellos y les estuve hablando de Jesús Cristo y Su evangelio. En eso llegó la policía y nos llevó en ambulancia hasta la comisaría. Allí nos revisaron cortésmente y nos interrogaron. Yo les di testimonio de mi pensamiento con toda sinceridad y ellos me dejaron en libertad. Me explicaron que era su deber hacer averiguaciones por causa del orden público, y que disculpáramos la molestia.

Yo tenía algunos dólares y fui a cambiarlos a una tienda de antigüedades. Parece que estaba prohibido el cambio, pero medio a escondidas me los cambiaron. Los alimentos eran muy baratos; especialmente la leche importada desde Alemania Oriental. La leche condensada también era más barata. Al cambiar el peso argentino por escudos chilenos el cambio salía muy beneficioso.

En el puerto había un barco colombiano y alguna vez fui a comer allí con la tripulación. Intenté también aquí embarcarme, pero tampoco resultó. Me hospedé por varios días en la universidad de Santa María. Allí estuve con los estudiantes. Unos me cedieron su boleto para el restaurante; otro me cedió la cama. Para mí, era tiempo de mucha lectura bíblica.

Una vez fui invitado a una reunión con los líderes universitarios a cuyo cargo estaban las residencias universitarias. Eran marxistas y quisieron adoctrinarme. Había entre ellos dos argentinos que viajaban hacia el norte; se me ocurrió la idea de que eran guerrilleros prófugos de la justicia argentina. Durante la reunión yo les expliqué mis convicciones cristianas. Me dejaron hablar. Yo les decía que todo era un proceso para que el hombre llegara a ser uno con Dios. Inclusive les dije que el marxismo era apenas una etapa en el proceso que debía superarse hasta llegar a esa perfecta reunión de todas las cosas en Cristo.

Uno de los argentinos comentó con aire de sabelotodo: –Inteligente el muchacho.- Ninguno me contradijo lo que les dije. Pero el líder de ellos me dijo que si el marxismo era una etapa, debíamos comprometernos con esa etapa ya que estábamos en ella. No vi la trampa y asentí. Entonces me invitó a participar con ellos en las actividades del partido. Yo quise demostrarles que no tenía miedo, aunque tragué saliva y un presentimiento extraño pasó por mí. Fui

Caminante

entonces con un grupo de ellos a una casa desde donde deberían recibirse las órdenes del partido. La misión era escribir consignas en las paredes. En Chile estaba permitido, pues el marxista era el partido oficial y había permiso para hacer murales. Durante una noche salimos con la intención de hacer eso; olvidé cuál iba a ser la consigna; pero hubo un desacuerdo en la cúpula y no se hizo nada. Regresamos a la universidad.

Pero una cosa sí recuerdo que percibí claramente: era la dependencia ciega que profesaban los muchachos al partido. El ambiente me pareció tan fraudulento. Los que se afiliaban se convertían en títeres sin ninguna participación en las decisiones, pero arriesgándolo todo, aun la vida. No obstante, se escuchaban quejas acerca de los superiores, los cuales parecían actuar con favoritismos, indecisiones y sacando tajada mientras eran otros los que exponían el pellejo. Esa fue la impresión que recibí en aquella única vez, pero fue suficiente como para que me escabullera.

En la universidad se corrió la voz de que yo era cristiano; entonces me invitaban a charlar en sus mesas durante la comida. En una ocasión, un joven de ojos brillantes, joven idealista y de fe católica, al saber que yo había confesado mi convicción cristiana, me invitó a su alcoba y me habló de su fe en Dios mezclada con las inquietudes sociales tan en boga por causa del ambiente marxista. Me confesó que con un grupo estaban formando un frente titulado «Izquierda Cristiana». Me llevó a un paraje secreto donde se reunían. Detrás de un armario había una puerta falsa que daba a una sala oculta donde tenían reuniones. Allí me mostró en un tablero la insignia del frente: un puño y una cruz. Me contó que al terminar la misa se daban la paz, y que la fe debía ser viva y no formal.

Recuerdo que le expresé mis dudas acerca de la institución católico-romana y de la mezcla con el socialismo. Abogué por una identificación con Cristo en la forma más pura. Al hablar de la unidad con Dios, en cierto modo usaba la figura de la llama en donde todas las velas se hacen una en el fuego de la flama. Esta figura la había extraído del misticismo oriental y la mezclaba con mi incipiente cristianismo. El yoga enseñaba que nuestro yo interior era partícula de la divinidad. No hablaba nada sin embargo el yoga acerca de la redención del pecado. En su lugar, colocaba al karma y a la reencarnación. Desembarazarme de aquello fue lento, pero la lectura asidua de la Biblia fue conformando

poco a poco mi pensamiento y desligando de él los elementos extraños.

De Antofagasta viajé a Chañaral. Por el camino del desierto del Atacama procuré hablarle acerca de la Biblia a un compañero de viaje colombiano que había conocido hacía poco, pero él me contestó que él no creía en esas cosas. De Chañaral pasamos a Copiapó; y mientras estábamos en la plaza con nuestras mochilas, una mujer joven se acercó a hablarnos y nos invitó a una casa para hospedarnos.

La casa resultó ser la morada de dos buenas mujeres españolas, Margarita, de más edad, y Josefina, una joven. Allí también se reunían varios ex-sacerdotes católicos españoles de tendencia progresista y socialista. Nos hospedaron en su casa. Uno de los ex-sacerdotes me dijo que él pensaba que la iglesia católico-romana no era la iglesia verdadera. Yo le contesté que yo pensaba igual, y que yo la identificaba con la Gran Ramera del Apocalipsis, según lo había escuchado de los a sí llamados testigos de Jehová. Me habló también el ex-sacerdote acerca de la necesidad de la mujer. Precisamente la suya era aquella que nos invitó de la plaza a la casa. Pocos días después los dos viajaron a Santiago de Chile.

Yo les hablé de ser uno con Dios. Ese era el tema que dominaba mi pensamiento y la meta principal de todo el peregrinaje humano. Margarita me comentó después que la razón por la cual el ex-sacerdote me hablaba tanto de la belleza y necesidad y complemento de la mujer, era porque desde niño él había entrado en el seminario y había estado muy reprimido a este respecto; y por lo tanto, ahora que encontraba una para él, se sentía como fascinado. Me parece que en aquella ocasión yo les comenté que el celibato no era bíblicamente obligatorio.

Este grupo de ex-sacerdotes se mezclaba a trabajar con los obreros en las minas, y su misión era concientizar al pueblo preparándolo para el socialismo. Parecían desengañados de la iglesia católico-romana, de su jerarquía e ineficacia social. Ellos parecían sinceramente interesados en un evangelio social. Se reunían de tanto en tanto para estudiar y comentar el Libro del Éxodo, el libro de la liberación del pueblo de Israel. Para mí el mayor y primer énfasis estaba en el aspecto vertical del evangelio; para ellos en el aspecto horizontal. Para mí el sentido principal era escatológico; para ellos la praxis actual.

De Copiapó seguí viaje hasta La Serena, donde preparamos leche en polvo y dormimos sobre unos pupitres en un colegio. De allí pasé a

Caminante

Santiago la capital.

Allí se escabulleron de mí entre la multitud aquellos acompañantes ocasionales con quienes nos habíamos conocido en Lima y que también como yo recorrían Sudamérica, y que nos encontrábamos de tanto en tanto a lo largo del viaje, pero nos separábamos para conseguir más fácilmente acogida. Pienso que era por las fallas en mi carácter por las cuales ellos se deshacían de mí. Ya una vez me había ocurrido con los dos argentinos en Quito. Ahora otra vez con los tres colombianos y el peruano en Santiago de Chile. Les comprendo; yo mismo quería escabullirme de Freddy el peruano. Además tuve actitudes negativas especialmente con uno de los colombianos que viajaba conmigo. Cuando en Lima se nos había dado la carpa y las revistas, yo vendí la carpa como cosa mía, pues se me había dado a mí particularmente; pero era de sobrentender que en esos casos el compañerismo debe primar sobre el favoritismo de los donantes. Así, pues, con esas fallas, ¿qué clase de testimonio podría yo dar?

En Santiago dejamos nuestro equipaje al cuidado de los guardianes del Parque Forestal. Cuando ellos se escabulleron de mí, yo regresé al Parque Forestal y tomando una pequeña tela de carpa de ellos, y dejándoles a cuenta mi mochila, envolví mis mantas de lana peruana en aquella tela de carpa y otros pocos enseres y me las vi yo solo en la ciudad para poder arreglármelas.

Santiago fue para mí una etapa importante. Encontré hospedaje en una residencia universitaria, no sin antes haber pasado una de las primeras noches, y era invierno, en un sótano de un edificio con gran frío procurando conciliar el sueño. A la mañana siguiente de esa fría noche salía recorrer la ciudad y fui al barrio alto donde dormí a la luz del día en un prado, pues la noche anterior había sido poco lo que pude dormir. Gracias a Dios encontré después aquellas residencias universitarias.

Estuve varios días en Santiago. Durante el día salía y recorría buscando parajes tranquilos en la ciudad donde pudiera ponerme a leer y a meditar. Fueron días de intensa lectura; principalmente el Nuevo Testamento, las cartas apostólicas. Hallé también la antesala de un edificio público y allí me acomodé en los sillones y pasaba el día leyendo. Una de las cosas que recuerdo como un gran descubrimiento fue cuando al leer el Libro de Daniel, por mí mismo empecé a relacionarlo con el Apocalipsis, y la luz del entendimiento comenzó a arder en mi

corazón de tal manera que me emocionó tanto el penetrar en el misterio de las profecías históricas concernientes a la bestia. Entonces un nuevo panorama se abría delante de mí. Amé tanto la Biblia que ella llegó a convertirse en mi compañera inseparable. Ya por nada más me preocupaba, sino en poder enfrascarme en su lectura, estudio e investigación. Ni siquiera me preocupaba por la comida. Demás está decir que no tenía ya dinero. A la hora del almuerzo conseguía una buena manzana en un puesto de frutas y eso bastaba. Una vez, estando leyendo en el Parque Forestal, a la hora de almorzar alguien se acercó a conversar conmigo. Charlamos, me invitó a almorzar, y se fue. De esa y otras maneras experimenté lo que era vivir bajo la providencia de Dios. Aunque estaba sin dinero, de una u otra manera aparecía la forma de sustentarme. Entre tanto, la lectura de la Biblia se hizo muy intensa.

De tales lecturas comencé a comprender cómo era la iglesia primitiva del Nuevo Testamento en sus primeros días. Entonces anhelé esa iglesia, días como esos, una iglesia como aquella. Debía haberla en algún lugar. Era cuestión de buscarla o de hacerla. Recuerdo que cuando eran mis días de mocedad en mi primaria en el colegio Santo Tomás de Aquino, se nos enseñaba la historia sagrada. Recuerdo cómo encendía mi alma el relato de los primeros cristianos y de los mártires primitivos, tales como San Lorenzo a quien quemaron vivo sobre una parrilla y él permanecía imperturbable. Pero me entristecía cuando la historia cambiaba y desde Constantino el emperador en adelante comenzaron a aparecer cierto tipo de arzobispos, cardenales, papas y esa jerarquía rodeada de lujos. Yo amaba aquella parte primitiva de la historia de la Iglesia, pero algo dentro de mí se entristecía de la historia posterior. El profesor nos enseñaba que aquel había sido el triunfo del cristianismo, pero mi espíritu intuía ya de niño que no había sido tal; que el verdadero triunfo había sido el de los mártires. Yo prefería aquella pureza original. Fue aquello lo que me había hecho desear siendo joven el ser un santo, un mártir como aquellos.

Después me habían enseñado que al papa, Dios le hablaba directamente. Entonces de niño quise ser un sacerdote católico, esa era mi vocación, para poder llegar a ser obispo, y entonces papa, para poder hablar con Dios. Lo que me importaba era hablar con Dios. En mis juegos con mis compañeritos yo era el sacerdote que decía la misa y bautizaba las muñecas. Un universitario, Bernardo Márquez, que moraba en casa alquilando una pieza, me preguntaba que para qué yo

Caminante

quería ser sacerdote, si para tomar vino en la misa o para qué. Yo le decía que para poder ser papa y poder hablar con Dios. Hasta el segundo año de bachillerato había albergado el deseo de ser un santo; pero desde el tercer año de bachillerato hasta mis años de universidad me había apartado de la fe y militado en el *hippismo* existencialista nietzscheano y freudiano. Pero entonces abandoné la universidad en busca de la verdad más plena, y en el camino encontré a Jesús Cristo.

Ahora me encontraba en el Parque Forestal de Santiago indagando en la Biblia la doctrina cristiana y apostólica, y regresaba a mí en una forma ahora más definida la visión de aquella iglesia primitiva. De las epístolas paulinas y de la experiencia de soledad y necesidad de amistad descubierta al rojo vivo durante el viaje, comprendí que yo no era un ente solitario, sino parte de un cuerpo, y ese cuerpo era la Iglesia, y la Iglesia eran aquellos cristianos como los primitivos, los nacidos de nuevo según el Nuevo Testamento. Era necesario buscar entonces esa Iglesia. Esa fue la conclusión a la que comencé a llegar desde Santiago en adelante.

Tomé mis pocas cosas y salí a las afueras de la ciudad con rumbo a Valparaíso y Viña del Mar. Empecé a caminar por la ruta y el paisaje me hablaba de la proximidad de Dios. Una indecible sed de Dios se apoderó de mí en aquella caminata. Miraba al cielo y al horizonte como queriendo encontrarle y abrazarme a Él para siempre. Era un anhelo como si quisiese nacer en ese mundo donde estaba el Señor. Yo no sabía orar; no sabía hablar con Dios en profundidad. Todo lo que había aprendido en el yoga eran simplemente técnicas de relajación y de meditación en sí mismo como para lograr un autodomínio. Pero lo que yo necesitaba era ser amigo de, amar a, y ser amado por el Dios trascendental. Caminé mucho como balbuceando una especie de oración que se quería formar desde las vivencias de mis anhelos.

En Valparaíso estuve entre un grupo de universitarios de tendencia socialista y fui con ellos a los barrios pobres de Viña del Mar para colaborar en la construcción de viviendas de madera patrocinada por el gobierno y con el trabajo voluntario de los estudiantes. Mi recuerdo se confunde ahora y no sé si era en Antofagasta o en Valparaíso donde me hospedé en la universidad Santa María y donde acontecieron aquellas conversaciones que narré como ocurridas en Antofagasta, lo cual me parece más probable. Recuerdo bien los acontecimientos, pero mi memoria se confunde en cuanto al lugar.

De Valparaíso y Viña del Mar pasé a la ciudad de los Andes rumbo al túnel de Caracoles en la frontera con Argentina. Al llegar a los Andes busqué en el pueblo una casa rural y pedí hospedaje allí hasta el día siguiente. El párroco me permitió dormir sobre una larga silla en el despacho. Esa noche aconteció algo significativo. Desperté y era como si algo bullera dentro de mí. Era un deseo de hacer carteles con versículos bíblicos y colocarlos en los lugares públicos donde acontecía precisamente lo contrario de lo que estaba escrito en las Sagradas Escrituras. Pasé la noche como en una especie de semi-consciencia considerando esta idea. Me propuse llevarla a cabo tan pronto tuviera la oportunidad.

Al día siguiente partí rumbo hacia la Argentina, pero la nieve había bloqueado el camino a la frontera. Con unos raidistas europeos que encontré en ese camino, nos aventuramos un poco por la nieve, pero vimos que no sería posible continuar. La nieve había bloqueado la frontera y era necesario devolverse. Entonces con Titus Zowhtendiz, un holandés de Surinam, regresé a los Andes y de allí a la ruta panamericana rumbo a Antofagasta de nuevo. Allí tomaríamos tren hacia la ciudad de Salta en el norte de Argentina. Era la única forma en esos momentos de cruzar al vecino país.

Era nuevo el aprender que no siempre podemos continuar adelante como queremos, sino que algunas veces, a nuestro pesar, había que volverse a donde no habíamos pensado regresar. No están en nuestras manos todas las determinaciones acerca de nuestra vida. Años después vi que este retorno fue la mano de Dios para que acontecieran cosas importantes que sin él no hubiesen podido darse.

Largas horas esperamos con Titus al lado del camino para que alguien nos trajera. Una noche tuvimos que dormir sentados a la mesa de un bar restaurante en una estación gasolinera. Titus viajó primero, yo después. Subí de nuevo por la misma ruta por donde había bajado serpenteando por el desierto del Atacama. Cuando subía por donde había bajado, medité mucho en eso. No era por mi voluntad que estaba regresando, pero allí estaba de nuevo de vuelta en dirección contraria a mi voluntad por aquellos parajes por donde me había parecido en la bajada que sólo habría de cruzar una sola vez para siempre. Todo esto me hizo pensar mucho.

Otro auto me recogió, pero en un momento del camino de regreso, desvió de la ruta panamericana y se internó hacia una localidad minera metida en el desierto. Su nombre era Pueblo Hundido. Llegué a aquel lugar y era silencioso. Parecía uno de esos pueblos que aparecen en las películas del Oeste. A no ser por la novedad de conocer un nuevo lugar, en cuanto al afán del regreso me pareció un trecho inútil. Tuve que devolverme también desde allí hacia la ruta panamericana de nuevo, pues aquel pueblo era como un callejón sin salida en el desierto. Salí de Pueblo Hundido hacia el cruce en el desierto de la ruta panamericana. Caminé a lo largo por en medio del desierto hasta encontrar agua en una solitaria estación gasolinera a donde se traía en tanques. Áridos kilómetros de vuelta, paso a paso, me daban que pensar. Dios es soberano por encima de nuestra voluntad. Hoy lo agradezco.

Al llegar a Copiapó volví a casa de Margarita y Josefina. Me dijo Margarita, llena de abnegado amor cristiano, que se alegraba de verme de nuevo. Estuve unos días con ellos allí. Uno de los sacerdotes progresistas me contó que había tenido que dedicarse a la enseñanza en las escuelas, porque el trabajo en las minas le era muy duro ya que él no se había acostumbrado a esa clase de trabajo pesado.

Me contaron cómo el pueblo no quería salir de su tradición religiosa, y quería que se les hiciese la misa, el bautismo, las procesiones como antes. Ellos preparaban veladas culturales con obras de teatro. Recuerdo haber asistido a dos: una llamada Silicosis en la que se personificaba la difícil vida del minero y la indigna e injusta condición en que se les hacía vivir. La otra trataba sobre una doméstica que era tratada como esclava por los amos de la casa. Con esas veladas culturales ellos querían concientizar al pueblo. Me confesaba sin embargo el sacerdote que el pueblo estaba muy apegado a su tradición.

Recuerdo un gesto que me impresionó mucho de uno de los sacerdotes, de nombre Antonio, de mirada inteligente y humanitaria, al parecer el líder del grupo. Me regaló un par de medias. No me impresionaron las medias, sino eso que vi en sus ojos que motivó su gesto. A lo largo del viaje, con distintas personas cristianas, de distintas tendencias dentro del cristianismo, fue esa expresión de los ojos en ciertos momentos, lo que me impresionaba y me hablaba de una dimensión oculta. No recuerdo sus palabras, pero tengo grabadas sus miradas, el destello de sus ojos.

Josefina, la joven española, leyó mi novela "La gran fanadicción" que yo llevaba mecanografiada. Me comentó que le había ayudado a comprender más a los hombres y lo que ellos sentían en el amor. Era mi primera novela que había escrito en Bogotá basada en mi diario en tiempos de un enamoramiento. Entre ellos tuve la oportunidad de dar un recital de mis canciones y canciones de otros. Ellos parecían valorar las manifestaciones artísticas; ese algo noble del hombre. Sin embargo para mí faltaba un algo. Yo buscaba ese palo vertical de la cruz, esa dimensión sublime donde Dios y el hombre se funden. El hombre no es solo para los hombres, aunque eso tiene su lugar. El hombre es primordialmente para Dios.

Capítulo 6

Vientos Favorables

De Copiapó regresé a Antofagasta. Noté que mi recorrido por Chile había formado en mí un poco más de conciencia moral. Lo noté, pues, al llegar a Antofagasta conocí a otros jóvenes que viajaban como yo, y en ciertas ocasiones me vi compungido a compartir de los alimentos conseguidos por mí. Algo no me permitía escabullirme. El ideal cristiano se afianzaba más y más dentro de mi corazón.

Esta vez para hospedarme fui a una casa de beneficencia donde vivían niños. El director del lugar me convidó una noche a salir con unos amigos a un bar de la ciudad llamado «El Bucanero»; pero allí resultó que estos eran homosexuales. Una vez más tuve que lidiar con esa clase de gente. ¡Y pensar que a su cargo estaban aquellos niños huérfanos o abandonados de aquella casa! El director me insistía que me acostase con él, pero yo le hablé de Jesús Cristo y el Señor me fortaleció de tal manera que aquel hombre tuvo que recapitular. Entonces me fui a dormir tranquilamente a otra pieza donde me encerré hasta la mañana siguiente y fui luego a comprar boleto en tren para la ciudad de Salta en Argentina.

En la plaza de Antofagasta conocí a dos muchachos argentinos, Manolo y Sergio. Ellos pensaban viajar a Santiago y de allí pasar a Mendoza, pero al saber que la nieve había bloqueado la frontera, entonces pensaron regresar a Salta aunque no tenían dinero para el tren. Estuvimos hablando de Jesús Cristo y de la fe. Ellos aceptaron. Entonces les dije que por fe se animaran a comprar pasaje hasta la próxima estación, que Dios proveería para el resto del viaje. Creyeron y nos embarcamos rumbo a Salta. Y sucedió que a medida que avanzaba el tren y nos hacíamos amigos de la gente que subía en las próximas estaciones, fue posible conseguir el dinero suficiente, poco a poco, hasta completar el viaje.

Llegamos a Salta a medianoche y me hospedé en la casa de Manolo. Allí conocí a su madre, doña Elvira Escudero de López, una mujer interesada en las cosas espirituales. Había estudiado con los a sí llamados testigos de Jehová, pero se había retirado de ellos debido a

que les habían disciplinado porque su hija había ganado un concurso de belleza. Aunque ella desesperaba de la misericordia de Dios, no obstante, perseveraba en su interés por las cosas de Dios. Fue entonces que decidimos hacer algo para la gloria de Dios. Hablamos de que la unción de Dios nos enseña todas las cosas, tal como lo había escrito el apóstol Juan. Tratamos acerca de la perpetuidad de la misericordia de Dios. Para ese tiempo yo tomaba aquellos versículos que hablan de que la misericordia de Dios es para siempre, y con ellos pretendía decir que el infierno no era algo eterno. Si mi doctrina estaba equivocada, por lo menos sirvió para consolar a doña Elvira y para que ella volviera a tomar ánimo y creyendo en la misericordia de Dios volviese a seguir el camino del Señor. Si no volvía a aquella congregación, por lo menos tenía el consuelo de que la unción misma nos enseñaría todas las cosas. Así que entre nosotros mismos podríamos ponernos a hacer alguna cosa.

Entonces les conté de mi deseo que había tenido aquella noche en Los Andes de escribir carteles con versículos bíblicos y colocarlos en aquellos lugares donde acontecía precisamente lo contrario de lo que estaba escrito. A ellos les gustó la idea. Entonces se compró papeles y crayolas en colores y nos dedicamos a escoger versículos y agruparlos por temas, haciendo carteles con ellos. Por la noche salíamos en la camioneta del padre de Sergio y colocábamos con engrudo tales carteles en las paredes. En forma humorística le llamamos a nuestro grupo «el comando Sofonías».

En las paredes de los bancos colocábamos letreros como éste: "*19 No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan; 20 sino haceos tesoros en el cielo*".¹ A la entrada de las confiterías, donde iba la gente a comentar de su prójimo, colocábamos un cartel como este: "*No juzguéis, y no seréis juzgados, porque con la misma medida con que medís se os volverá a medir*".² En la casa arzobispal colocamos uno así: "***El que dice que permanece en Cristo, debe andar como Él anduvo***". Y así por el estilo. El "comando Sofonías" salía de noche a empapelar templos, comercios, paradas de ómnibus, etc. Durante el día estábamos en casa preparando los carteles,

Muchos días me detuve en Salta. En ese tiempo yo tenía el cabello largo; entonces me hacía una trenza. Era un *hippie* místico. De Salta

¹Mateo 6:19,20

²Cfr. Lucas 6:37

salimos Manolo, Sergio y yo a recorrer Argentina, pero en el camino a Tucumán, Manolo se embarcó en un vehículo y no pudimos encontrarnos. Sergio entonces se devolvió a Salta. Yo llegué a Córdoba y busqué la dirección de unos *hippies*. Estaban escuchando música de Pink Floyd. Hablamos de Dios, y uno de ellos me dijo que unos adventistas les visitaban, pero sostenían que el pueblo de Dios eran ellos exclusivamente. Yo pensaba que no podíamos excluir a otros creyentes y que el Espíritu Santo podía tratar con nosotros directamente sin necesidad de pertenecer a ninguna organización humana.

Mientras hablábamos y sonaba la música, uno de los *hippies* tomó una jeringa y se inyectó en las venas. Los demás rehusamos todos y hablamos de dejar las drogas. El joven drogado entonces empezó a llorar bajo el efecto de la droga y nos dijo que nos veía llenos de luz y de amor. Éste me invitó a su casa a hospedarme. Fui con él, pero tuvimos que entrar en secreto a medianoche por la tapia del patio, porque el padre de este joven estaba enojado con él. Nos ubicamos en el suelo de la cocina. Pero, a la madrugada siguiente, cuando su padre se levantó temprano para ir a su trabajo, nos encontró durmiendo en el piso; entonces nos echó bruscamente y tuvimos que salir corriendo y saltar de nuevo la tapia del patio. El muchacho regresó luego a su casa cuando su padre ya se había ido y me dio mi pequeño equipaje que por el apuro de esa madrugada no pude sacar.

Entonces tomé rumbo hacia Buenos Aires. En el camino me acerqué a un restaurante y pedí una ensalada. Luego salí de noche y me ubiqué a la intemperie entre unos matorrales. Mientras dormía, antes de amanecer comenzó a lloviznar, y tuve que levantarme y salir a la carretera donde encontré un acoplado de camión estacionado. Dormí allí debajo mientras el agua corría por los costados.

Una camioneta me recogió y me llevó hasta Buenos Aires. Me encontré allí solo en esa ciudad monstruosa. Estaba escaso de dinero y por la ciudad caminaba pasando por junto a los edificios sin encontrar un lugar privado para poder descansar y meditar. El viaje se hacía duro. Conocía a alguien con quien entablaba amistad por unos días, pero entonces tenía que despedirme rumbo a ciudades desconocidas, sin dinero, sin gente amiga a donde llegar. Una tristeza me invadía cada vez que tenía que despedirme, y eso se repetía muchas veces de lugar en lugar. Junto a la tristeza se añadía la incertidumbre del futuro, aunque siempre había esperanza; pero ésta se obscurecía en los

Caminante

momentos difíciles. La dependencia de otros se volvía un hastío. Era entonces la hora para la fe. Yo creo que la mano de Dios me estaba guiando al lugar de seguridad.

Hasta Buenos Aires yo era el dueño exclusivo de mi voluntad. Planeaba un rumbo y escogía el camino. Ciertamente había descubierto en Jesús Cristo al maestro, pero todavía no al Señor. Si Él era el Salvador, ¿cuál debía ser mi actitud? Ni siquiera sabía orar. Ya en Salta algún instinto me había enseñado la forma, pero no se lograba esa comunicación perfecta. Recuerdo que en algunas ocasiones en Salta nos encerrábamos en una pieza Manolo, Sergio, la «gringa» hermana de Manolo y yo, y cada uno se acomodaba en un lugar, y uno por uno nos concentrábamos en Dios y por turno hablábamos lo más sinceramente posible con Él en voz alta. Pero sucedía que cuando una especie de burbujeante alegría parecía contestarme desde las profundidades de las alturas en mi interior, yo me asustaba y paraba la oración. Me había animado a hablar, pero no estaba listo para escuchar directamente a Dios. La "gringa" se ponía a llorar. Comentábamos entre nosotros el curioso sentimiento que nos invadía en aquellas cuasi oraciones. Sí, yo sabía de un Dios Supremo, de un Dios Altísimo, de la Fuente Autoexistente de todo ser; sabía que Jesús Cristo era un gran maestro, pero lo que anhelaba, pero de lo que no me había aún persuadido era que ese Dios Altísimo tan Santo y Sublime, estuviera dispuesto a hablar personalmente conmigo. Yo pensaba que ciertamente Él lo sabía todo y que bien podría yo elevarle alguna que otra petición y hablarle como hacia el cielo, pero lo que yo desconocía completamente era que Él estaba atento a mí personalmente y muy dispuesto, no sólo a contestarme desde lejos mis oraciones, sino también a hablarme intimísimamente y en forma muy particular y paternal. Sí, yo sabía que Dios era "El Padre", pero no conocía su comportamiento como tal para conmigo. Yo no sabía hasta qué punto Él estaba dispuesto a condescender para conmigo como para tomarse tiempo para arrullarme de tal manera tan personalmente. Buenos Aires fue entonces para mí una etapa importante preparatoria para ese gran encuentro.

Conocí a un amigo, Jorge Laplaza, nacido en la misma fecha que yo, pero unos años antes. Este me llevó en su auto a una institución de beneficencia en Buenos Aires donde albergaban por quince días a aquellos que llegaban a la gran ciudad para buscar trabajo. Allí se nos daba desayuno y se nos despedía por la mañana para que saliéramos a

buscar empleo. Allí me hospedé. A la noche venía para dormir. Uno de los beneficiarios de la institución, al saber que yo me interesaba en la Biblia, me dijo que había una iglesia adventista donde regalaban Biblias. Me dio la dirección y allá me fui para que me regalaran una y para ver cómo fuese esa gente que andaba con la Biblia tal como yo mismo había comenzado a hacerlo.

Llegué a la salida de la reunión. Lloviznaba un poco. Yo observaba a la gente descender las escalinatas saliendo del salón. Quería mirar qué pudiera tener de especial esta gente que estudiaba la Biblia. Desde la intensidad de mis lecturas yo había deseado encontrar aquella iglesia que fuera como la primitiva de la cual yo leía en el Nuevo Testamento. Esa fue la razón que me hizo acercarme a observar el movimiento de los distintos grupos denominados cristianos y que profesaban como yo creer en la Biblia.

Una vez en La Serena, Chile, yo me había acercado a pedir ayuda a una iglesia presbiteriana, pero el pastor me insultó. Yo pensé: ¿qué clase de pastor es éste? Pero esta vez en Buenos Aires, sin embargo, a la salida de aquella reunión de adventistas, me fijé en un hombre de edad que me observaba con mirada inteligente y condescendiente. Mi aspecto de *hippie* no era el más apropiado para conseguir condescendencia; sin embargo este hombre, a quien yo veía despedirse de los demás con mucho afecto, con un rostro que expresaba bondad, me observaba. Seguramente vio que yo indagaba, entonces me llamó y me preguntó en que podía servirme. Le contesté que me habían dicho que allí regalaban Biblias y que yo quería una. Me dijo que en ese momento no tenían Biblias, pero que me daría una serie de unos estudios bíblicos que ellos publican en hojitas para los nuevos. Que los estudiara, me pidió. Su rostro me impresionó por su altruismo desinteresado. Estuvo también dispuesto a quitarse su impermeable y dármelo por causa de la llovizna, pero no acepté. Entonces me invitó a su casa. Era un médico. Cuando llegué a su casa una mañana a las ocho, me regaló un libro de Elena G. de White: "El Camino a Cristo", y una bolsita con alimentos, manzanas y otras cosas.

Entonces salí de allí y me fui a buscar un lugar tranquilo donde pudiera estudiar aquellas hojitas de los adventistas. Aquel médico me dio la colección completa. Recorrí las calles de Buenos Aires buscando un lugar donde pudiera concentrarme. Me sentaba en parques, entraba en templos católicos desiertos que estaban abiertos durante el

Caminante

día para la devoción de los transeúntes. Recuerdo que una mañana entré a uno que quedaba sobre la avenida Rivadavia y había unas pocas personas arrodilladas. Yo entraba allí a leer la Biblia; entonces salió el sacerdote con los acólitos a dar la misa acostumbrada, y los pocos fieles esparcidos en el ancho templo repetían las respuestas aprendidas de memoria. Entonces, al observar esto, tuve la tentación de acercarme a un hombre que repetía sus letanías unas bancas más adelante de donde yo estaba sentado. Me fui a su lado y le mostré en la Biblia aquel pasaje donde Jesús dice que al orar no usáramos vanas repeticiones como si por nuestra palabrería íbamos a ser oídos. El hombre me miró asustado como si tratase de una aparición del demonio. Imagínese a un *hippie* melenudo en el templo interrumpiendo la atención de este oyente de la misa. El hombre se levantó entonces asustado como del demonio y se fue a colocar en la primera silla cerca del altar y repetía más fuertemente las respuestas convencionales, mientras me miraba de reojo aterrado. Verdaderamente me dio la impresión que él había pensado que se le había aparecido el mismo demonio. Me reí para mí mismo. Simplemente había querido mostrarle un versículo de la Biblia para que él pudiera acercarse mejor a Dios.

Yo recorría la ciudad buscando lugares donde meditar, leer e incluso descansar. Estaba casi sin dinero. Una vez tuve el deseo de comerme una zanahoria. El Señor lo leyó en mi corazón. Entonces, andando por una de las principales avenidas de Buenos Aires, aquella del obelisco, en plena calle una camioneta que transportaba verduras dejó caer accidentalmente frente a mí una grande y hermosa zanahoria. Dios me la proveyó; aunque yo de vergüenza no me atreví a recogerla. Pero mucho me alegré con el Señor al ver que aunque Él ya sabía que yo no la iba a recoger, aun así la puso delante de mí; Él sabe que a veces no vamos a aprovechar lo que nos provee, sin embargo no deja de proveerlo, sino que se asegura de que su amor sea manifiesto delante de nosotros, aunque sabe que a veces no lo vamos a ver o a aprovechar. ¡Qué dulce honor! ¡qué exquisita delicadeza!

Cuando llegaba la noche, yo regresaba a la institución de beneficencia. Una vez fui citado por la directora del lugar. En la entrevista me pidió que me afeitara y me cortara el cabello. Le dije que no, que eso significaba mi libertad, que por un hospedaje no podía vender mi dignidad. Tal venta de dignidad me había hecho entristecer; había visto a hombres que por asegurarse un techo y una comida caían en la vileza de ser aduladores y otras cosas. Me molestaba en gran

manera cómo aquellas instituciones que son de beneficencia, por el simple hecho de brindar un poco de ayuda ofrecida por otros donantes, se tomaban el derecho de querer manipular a otras personas, jugando con su honor y dignidad, aprovechándose de su necesidad. Muchos tratan a los ayudados como si fueren seres inferiores, extorsionándolos, queriendo sacar de ellos por la fuerza alguna pleitesía a cambio de un plato de comida que ni ellos mismos proveen sino que apenas administran de las manos de otros más generosos. La razón por la cual digo esto es solamente para poner de manifiesto tales condiciones, sin embargo yo mismo fui respetado y estoy agradecido por la ayuda recibida durante mi peregrinación. ¡Que Dios nos conceda ayudar desinteresadamente, sin rebajar la dignidad de aquellos a quienes ayudamos! Todos tenemos tiempos en los cuales podemos dar ayuda, y también en los cuales la necesitamos de otros. La torta puede darse vuelta en cualquier momento. Muchas veces, cuando la gente nos recogía en el camino y nos ayudaba haciéndonos avanzar unos kilómetros, el consuelo que teníamos era el de tener que contar de otros países, costumbres y culturas. Muchos nos recogían para tener a alguien con quien conversar durante el viaje. Nos consolaba cumplir una misión informativa y amenizadora. ¿No hacen lo mismo los periodistas y artistas? Nosotros éramos raidistas también con algo que ofrecer.

En la ciudad de Buenos Aires me fui a los subterráneos del metro y allí con mi Biblia empecé a estudiar con la guía de los estudios en hojitas de los adventistas. Ellos hablaban de muchas cosas, de la ley, del sábado, pero lo que verdaderamente me fue útil y que fue aquello que el Señor utilizó en mi vida fue la concatenación de preguntas con respuestas bíblicas acerca del perdón. Recuerdo que me senté en un puesto de sandwiches y gaseosas del subterráneo metropolitano y seguí verso a verso ese importante tema de la gracia. ¡Y qué paradoja! Dios usó los escritos de los "legalistas adventistas" para llevarme al conocimiento de la gracia. Recuerdo aquella memorable ocasión en el subte de Buenos Aires. Casi lloraba de emoción, pero me retenía por causa de las gentes a mi alrededor. "*Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos*".³ "*La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado*".⁴ Entonces comencé a

³Isaías 1:18

⁴1 Juan 1:7

Caminante

comprender el carácter expiatorio y sustitutivo de la muerte de Jesús Cristo. Ahora, en esta parte del viaje, el Maestro comenzaba a convertirse en Salvador, para luego comenzar a ser Señor.

Yo leía la Biblia, pero Dios utilizó aquella guía para iluminarme. Había usado mi experiencia con alucinógenos para llevarme a pensar en Dios. Luego utilizó el misticismo oriental y el yoga para llevarme a la figura de Jesús el Maestro. Entonces usó a los a sí llamados testigos de Jehová para llamar mi atención a la Biblia. Y ahora usaba a los adventistas para que me asegurara del perdón de mis pecados por los méritos de la sangre derramada de Jesús Cristo. La gracia de Dios pasaba por encima de todas las herejías y necedades para alcanzarme. En aquel subterráneo de Buenos Aires yo estaba embargado de gratitud hasta lagrimear. Tenía que esconderme para ocultar la emoción de ese descubrimiento. Yo lo había leído antes, pero allí lo comprendí espiritualmente y lo creí con el corazón. No basta con un mero asentimiento intelectual; tiene que aplicarse con fe en ese reino del espíritu.

Entonces me fui al parque Palermo de Buenos Aires y allí me acomodé en un paraje solitario sobre la grama y leí el libro de Elena G. de White y una cosa iluminó mi corazón. Allí ella hablaba de entregar nuestra voluntad y morir a nuestro yo; renunciar a nosotros mismos para que Cristo fuera nuestro gobernante y guía en todas las cosas.

Hasta Buenos Aires yo tenía mis propios planes. En Bogotá había tomado un mapamundi y había trazado un recorrido que abarcaba casi todos los países del mundo, con excepción de uno que otro donde pensaba que sería difícil el raid. Durante el viaje ya había querido embarcarme. También en Buenos Aires fui al puerto buscando la posibilidad de irme en barco. Mis planes eran pasar de Sudamérica al África, de allí al Medio Oriente y Europa, y desde el norte de ésta pasar al Asia, Oceanía, Japón, Norteamérica y Centroamérica. También había planeado fundar en algún país, quizás en Italia en la casa de los abuelos, una comunidad. Pero al leer el libro de Elena G. de White en el parque Palermo de Buenos Aires, comprendí que de allí en adelante Jesús Cristo debería ser quien planease toda mi vida y dirigiese todos mis pasos. Entonces renuncié a mis planes e ilusiones y me decidí allí en Palermo rendir mi voluntad y mi yo al Señor Jesús Cristo. Allí en el parque estuve orando e hice mi pacto con el Señor. Fue algo definitivo que he procurado guardar hasta hoy.

Me levanté sin saber a dónde ir. Ahora sabía que Jesús Cristo era mi amigo; aquel que yo tanto había buscado y deseado, y que Él me guiaría a donde quisiera. Me confié completamente a Él. Salí del parque y esperaba que el Señor me dijese qué calle había de tomar. Deambulaba por Buenos Aires esperando Su guía. Me imaginaba que Él me hablaría de alguna manera extraña. Ahora había entregado a Él mi vida y Él era responsable por mí. Todavía no entendía que Su guianza no requiere que yo deje de ser responsable. Caminé por las calles, y como todo parecía continuar igual, excepto la certeza de Su presencia y la convicción de Su amistad, ahora mascullaba por las calles en un continuo diálogo con Él. Entonces pensé: -quizá debo continuar mi ruta hasta que Él haga algo. Esperaré en Él continuando normalmente hasta que Él mismo cambie la situación. Entonces partí de Buenos Aires rumbo al Uruguay.

Decidí ir por tierra; así que me dirigí a Gualeguaychú, en la provincia de Entre Ríos. En uno de los pueblos, mientras esperaba en las afueras junto a la ruta algún vehículo, el comisario policial pasó en la camioneta de policía y me llevó a otro superior para que me interrogara, y me detuvieron allí decente y caballerosamente. Era la época de las desapariciones en Argentina a los militantes de izquierda. Estuve detenido hasta que hablasen con el inspector general de la región. Este también me interrogó y al final resultamos amigos. Me invitó a pasar unos días allí comiendo en el casino de los oficiales. Durante estos días seguramente hicieron las averiguaciones necesarias de mis antecedentes con la interpol. Pasados unos días seguí mi viaje hacia Gualeguaychú.

Un abogado me recogió en el camino y me invitó a su casa. Me di un buen baño y él puso su casa a mi disposición, inclusive su estudio y equipo de música. Estuve escuchando música clásica tranquilamente en la cómoda casa de este abogado. Cuando regresó de su trabajo y me encontró disfrutando de lo que él mismo me ofreció, me comentó en muy buen espíritu que él se mataba trabajando para poder conseguir las comodidades que tenía, pero no tenía tiempo para disfrutarlas, pero en cambio yo, que no tenía nada, podía disfrutar tranquilamente, y sanamente me envidió. En un pueblo tuve que dormir bajo el horno apagado de una parrilla. Así que había días buenos y días difíciles.

En Gualeguaychú me hospedé en la casa del hermano de un renombrado artista de televisión, Pipo, y estuve varios días compartiendo ideas por invitación de ellos. Un diario de la localidad me

Caminante

entrevistó. Yo era un raro espécimen ambulante. Les hablé del fin del mundo. Por todas partes por donde iba expresaba mis convicciones. En Gualeguaychú me embarqué en una lancha de pasajeros a lo largo del río del mismo nombre y desembocamos en el caudaloso río Uruguay que estaba crecido y peligroso. Así llegamos al puerto de Fray Bentos en Uruguay.

Yo seguía esperando en el Señor pidiéndole que me guiara y que me hiciera conectar con Su verdadera iglesia, aquella que yo leía en el Nuevo Testamento, en los Hechos de los Apóstoles. Este período del viaje acentuó profundamente en mí la convicción del carácter corporativo de la vida cristiana. Por todas partes por donde iba buscaba rastros de aquel cuerpo. En algún lugar habría de estar. Comprendí perfectamente que a través de Cristo estamos entrelazados por coyunturas en un perfecto acuerdo de comunión y amor en la unidad de la participación común con la naturaleza divina. Esto se me hizo muy claro en la soledad del viaje y especialmente desde Uruguay en adelante. La necesidad se hacía cada vez más notoria.

De Fray Bentos partí hacia la ciudad de Mercedes. La noche me tomó en el camino y la lluvia me empapó totalmente. La comprensión de la corporatividad de la Iglesia se hacía muy viva, y mucho más en la soledad del viaje. El trayecto de Fray Bentos a Mercedes fue muy especial. Deambulaba solo por la carretera bajo la lluvia, completamente empapado y de noche, sin nadie a donde llegar, sin rumbo fijo, sólo, ahora con la única esperanza de que Cristo me conduciría a alguna parte. Busqué donde dormir bajo el techo de una piecita abandonada detrás de una construcción para fábrica o algo así. Continué luego el viaje hasta Montevideo.

A pesar de lo escabroso del viaje en lo exterior, mis cartas se hacían cada vez más optimistas. Cristo significaba más y más. Al pasar por una avenida en Montevideo leí en una pared: «Iglesia Metodista Libre». Asistí a la reunión, pero todo me pareció tan diferente, tan decaído, que de ninguna manera pude identificarlo con aquello que yo buscaba. No fue mucha mi suerte en Montevideo. Las cosas no parecían fáciles. Además, en ese tiempo era tiempo de violencia y los tupamaros por un lado y el ejército por otro hacían el terror de la nación. Abandoné la ciudad muy pronto y triste por no hallar todavía lo que buscaba. Entonces crucé el país de sur a norte pasando rápidamente por Canelones, Durazno, Paso de los Toros, Tacuarembó hasta Rivera. Allí comenzó en mí la conciencia de estar a la rivera de algo.

Capítulo 7

La Frontera

La ciudad de Rivera queda en la frontera del Uruguay y el Brasil. Del lado del Brasil la ciudad se llama Santana de Livramento. Una avenida divide la ciudad en dos: al norte Livramento de Brasil y al sur Rivera del Uruguay. No existe ninguna traba para pasar de un lado al otro. Conocí dos jóvenes uruguayos que viajaban en raid y nos hicimos amigos durante la estadía en el lugar. Les testifiqué de Cristo. A veces, durante el día, estábamos en el lado uruguayo; a la noche íbamos a dormir al lado brasilero bajo las graderías de un estadio. Puesto que les hablé de Cristo a los muchachos uruguayos, me indicaron un lugar donde se hacían reuniones. En la pared decía: Templo Evangélico.

Asistimos a una reunión. Al llegar al templo nos sentamos en la banca de atrás a la derecha. Un coro cantaba hermosas canciones. El predicador habló luego de un recorrido que había hecho llevando la palabra y como traía saludos de los hermanos. Hablaba muy entusiasmado, y mientras hablaba, él y la congregación exclamaban: ¡gloria a Dios! ¡aleluya! Parecían muy contentos. Hablaba casi gritando, y como tenía micrófono, su voz retumbaba por todo el edificio hasta la calle. Cualquiera que pasara podía escuchar. Él hablaba valientemente dando a entender que no debemos avergonzarnos de confesar públicamente a Cristo. Hacia el final, en medio de los vivos y el entusiasmo con que la congregación respondía a sus declaraciones, entonces dijo que harían otro viaje, otro recorrido. Entonces noté en el rostro del predicador cierta duda, como si algo interior le dijera que no se entusiasmará tanto haciendo planes. El entusiasmo de la congregación decayó un poco también con cierta dubitación. Entonces el predicador dijo que tuvieran el asunto en oración para ver si era la voluntad de Dios. Terminó la reunión y la gente se despedía muy contenta saludándose unos a otros.

Un hombre se acercó al predicador cuando este bajaba del púlpito y parece que le pidió oración. Entonces el predicador le abrazó como lleno de un gran amor y oró por él. Levantó los ojos al cielo y oró en otra lengua; me parecía una lengua oriental, hebreo, sánscrito o algo así. Yo veía en sus ojos un destello de júbilo celestial. Aquel incidente impactó

Caminante

mucho en mí; ese fulgor, ese abrazo, esa intercesión sobrenatural. Yo no recuerdo lo que cantaron, ni el sermón, pero aquel detalle al bajar el predicador del púlpito quedó como sellado en mi corazón. Me hizo recordar como sería que se amaban los apóstoles. Me parecía como si ese júbilo era por causa de una conexión interior con un mundo maravilloso e inefable que dejaba escapar sus destellos a través de las sonrisas limpias, los abrazos francos, las miradas encendidas, los gestos suaves y delicados. Lucían como si fuesen una hermandad fundida con la pasión de una misión importantísima y urgente, y era el vislumbre de ese mundo maravilloso, como velado en hombres y mujeres sencillos, lo que me cautivaba. Eran una fragancia del Cristo que yo tan ardientemente deseaba.

Entonces un joven se nos acercó muy contento y amable. Me preguntó si éramos creyentes. Le dije que yo creía en Jesús Cristo y que les había estado hablando de Él a los otros dos muchachos. Se alegró y me dijo que continuara en ese camino. Entonces me preguntó si ya había sido bautizado y había recibido al Espíritu Santo. No supe que contestarle. Él me contó que había recibido el don de lenguas allí, y me indicó el lugar al frente de los asientos donde de rodillas había recibido gozoso tal experiencia. Aquella pregunta por el bautismo me dejó pensativo. Él me preguntó si quería bautizarme allí. Entonces le dije que tenía que meditarlo bien. Él me deseó que siguiera en las pisadas de Cristo. La verdad es que una de las razones por las cuales no me animé a bautizarme allí era porque creía que quedaría atrapado en alguna organización y yo no quería ser identificado con ninguna clase de secta particular. Sin embargo, la pregunta por mi bautismo me hizo reconsiderar aquellos pasajes donde Jesús mismo hablaba del bautismo.

Entonces pensé que allí en Rivera yo estaba a la rivera de algo. La próxima ciudad era Livramento y más adelante debía pasar por Paso de los Libres en la frontera de Brasil y Argentina. Los nombres me parecieron curiosos y significativos. Tomé conciencia de que eran una perfecta analogía en señal de mis etapas espirituales. Rivera, Livramento, Paso de los Libres, Asunción. Ese era el recorrido exterior e interior que yo tenía por delante, tanto en el mapa de la tierra como en el del cielo. Cuando hice ese recorrido, fue muy vivida en mí la conciencia de estar caminando paso a paso por un sendero trascendental. Tenía que dar el paso de los libres para llegar a Asunción.

Al salir de Rivera y Livramento me despedí de los jóvenes uruguayos a quienes impresionaron los cánticos congregacionales, y viajé a Quaiá en Brasil y de allí a Uruguayana, ciudad del sur en el estado Rio Grande do Sul, rumbo a Paso de los Libres. De Brasil, pues, crucé la frontera hacia la Argentina en las provincias de Corrientes y Misiones y continué rumbo a Posadas.

En el trayecto por la provincia de Misiones me fue difícil la situación económica. Había días en que tan sólo comía migajas de galletitas de soda con azúcar, lo cual me había quedado en el fondo de una bolsa de plástico donde había traído las provisiones que me habían regalado al salir de Galeguaychú. Una noche cometí una equivocación. Al pasar por las afueras de una de las poblaciones de aquella zona, sin tener que comer y donde dormir, vi una especie de villa de vacaciones, solitaria y sin nadie. En el jardín se veían plantas de mandarinas y limones. No había nadie en la quinta; seguramente era un chalet de fin de semana de alguna familia adinerada. Entonces, como un ladrón cualquiera, violé la cerca de alambres y eucaliptos y me dirigí hacia las plantas de mandarinas y limones y me robé varios. Luego me dirigí hacia el chalet y lo recorrí alrededor para ver si podía entrar por algún lugar. Pero como estaba cerrado, entonces me acomodé en un corredor de afuera detrás de unos parapetos y me acosté a dormir. Para mi sorpresa, pasada ya la medianoche, llegaron a la quinta en dos coches de lujo unas personas. Me desperté sobresaltado detrás de los parapetos en el corredor y me quedé silencioso para ver qué sucedería. No sabía qué hacer, si hacerme el dormido o qué. Los autos cruzaron la verja de entrada y anduvieron bajo la arboleda que hacía de entrada hacia la casa; pero no sé por qué se detuvieron allí. ¿Me habría visto alguien entrar allí y les había dado aviso? ¿Venían ahora para saber qué pasaba y para prenderme? Me quedé inmóvil detrás de los parapetos como si estuviera durmiendo, pero estaba bien despierto. Escuché que abrieron las puertas de los autos y hablaban entre sí. Parecían jóvenes. No entendí exactamente lo que hablaban, pero noté que su ambiente era festivo, de risas, y entonces supuse que todavía no sabían nada de mí. Pero ¿qué dirían cuando me encontraran allí? Dios me estaba dando una lección. ¿Para qué me metí en este lío? Sin embargo, extrañamente, a mismo medio camino ellos decidieron devolverse no sé si para seguir su programa en otra parte o qué. El Señor tuvo misericordia de mí y me guardó a pesar de mi equivocación. Cuando quise probar las mandarinas, para mi desilusión, eran agrias, puestas tan sólo de adorno en el jardín. Las

Caminante

mandarinas robadas no son dulces; son agrias. Entonces comí mandarinas agrias, migajas de galletitas de soda y azúcar.

No obstante, algo sucedió. La providencia de Dios había hecho que en Fray Bentos yo guardara en un bolsillo unos pesos uruguayos de los cuales ya me había olvidado. Cuál fue mi sorpresa al meter la mano en el bolsillo izquierdo de mi saco. Estaban allí aquellos pesos olvidados. Me alegré tanto, pues ya se me acababan las provisiones. Entonces, para completar el milagro, apareció en el camino un raidista brasileño que viajaba a Buenos Aires y pensaba pasar a Montevideo. Este me cambió los pesos uruguayos por moneda argentina y así pude desenvolverme hasta la ciudad de Posadas donde compré mi pasaje en lancha y crucé el río Paraná rumbo a Encarnación en Paraguay.

Al entrar a este nuevo país el 1° de octubre de 1971, habiendo orado mucho en los caminos de Misiones para hallar aquel cuerpo que yo buscaba, en Encarnación cambié los pesos argentinos que me quedaban. A cambio me dieron 40 guaraníes, moneda paraguaya. Yo pensaba que eso era suficiente para atravesar el Paraguay rumbo de nuevo al Brasil, y de allí seguiría al África, andando hasta que Dios me ubicara. Vivía en una continua expectativa de Dios. Al pasar por una de las calles de la ciudad de Encarnación, vi en un restaurante que vendían jugo de frutillas a 25 guaraníes. Yo malentendí que serían 25 centavos de guaraní, y pensé que con mis 40 guaraníes ya me llevaría bien. Pero al llegar la hora de pagar la cuenta, desengañado me di cuenta que el costo era de 25 guaraníes y no de 25 centavos de guaraní como yo lo había imaginado. Así que me quedé con solo 15 guaraníes, casi la décima parte de un dolar.

Entonces me dirigí a una iglesia adventista para buscar hospedaje mientras pasaba hacia Asunción. Pero el pastor estaba ocupado en una escuela. Entonces pasé a la catedral de Encarnación y hablé con el párroco de allí. Él me permitió dormir en una de las dependencias de la casa cural. De mañana me invitaba a desayunar. De día, dos jovencitos con quienes charlaba me traían alimentos de su casa y tunas del jardín, deliciosa fruta con espinillas. Las tunas regaladas eran más dulces que las mandarinas agrias robadas, sin embargo tenían espinillas. Las mejores frutas son las conseguidas con el trabajo digno. No son ni agrias, ni tienen espinillas; satisfacen más. Después del largo viaje en busca de la libertad, me empezaba a molestar tener que depender de los demás. No obstante, las circunstancias y la crisis de la intensa

búsqueda de lo espiritual me hacían depender sobremanera de la ayuda ajena. Cuando las circunstancias eran difíciles, veía cuán fácil era verse casi obligado a la tentación de conseguir ilegítimamente lo mínimo necesario.

Otra cosa lamentable me aconteció en Encarnación. Esa vez el párroco no estaba en la casa cural, y sobre la mesa estaba un pedazo de pan que había sobrado. Yo tenía hambre y no sabía a quién decirselo, excepto al mismo Dios a quien no se lo dije. Entonces tomé el pan de la mesa y lo comí. Dos años después mi conciencia me hizo devolver aquel pan cuando estuve de nuevo en Encarnación y pude visitar la casa cural donde vivía ahora otro sacerdote, al cual le expliqué lo de la situación pasada. Le pedí disculpas y le devolví el pan. ¡Ojalá me fuera posible restituir todo lo agraviado!

Más o menos 4 o 5 días después de estar en Encarnación esa primera vez, partí en raid rumbo a Asunción la capital. Mi intención era seguir de paso al Brasil, pero quería conocer Asunción; además debía retirar en la embajada colombiana las cartas llegadas a mi nombre. Un belga me llevó hasta Carmen del Paraná y de allí un joven en un *jeep* recién recibido me trajo hasta Asunción. Antes de llegar a la ciudad me preguntó a qué dirección iba yo a llegar. Le dije que no conocía ninguna y si por si acaso él no conocía alguna casa de beneficencia donde pudiera pernoctar de paso algunas noches. Entonces me llevó a la Misión de Amistad de la denominación Discípulos de Cristo. Allí el director, don Víctor Vaca, me dijo que podía ocupar la pieza de huéspedes, al fondo de uno de los edificios, hasta el lunes próximo. Ese día era sábado. En aquella pieza de huéspedes, el domingo 10 de octubre del año 1971, me encontré con Jesús Cristo. Me es inolvidable.

Capítulo 8

El Encuentro

Yo no había pensado demorarme mucho en Asunción; simplemente quería conocerla y recoger mis cartas de paso hacia el Brasil. Dios, en cambio, tenía otra cosa preparada para mí. Él había planeado que tuviera un encuentro que cambiaría definitivamente toda mi vida.

Se me habían dado las llaves de la pieza de huéspedes de la Misión de Amistad para que la ocupara por ese fin de semana. A la noche regresaba allí a pernoctar. El permiso, sin embargo, me fue extendido por un tiempo más. Pero algo me sucedía al llegar por las noches a dormir. Yo estaba solo y al llegar notaba que se apoderaba de mí un temor extraño. Era como si en aquel lugar algunas fuerzas malignas invisibles me oprimían y luchaban contra mí. Como si se opusieran a que yo pudiera estar tranquilamente a solas para orar, meditar y leer. Tenía que hacer un gran esfuerzo para poder sobreponerme al temor y vencer. Cada vez que me acercaba con la llave para abrir la pieza y entrar, era como si me esperase adentro una gran lucha espiritual, una agonía. Pero tomaba valor sin dejarme amedrentar y entraba. Cerraba la puerta y encendía la luz. Entonces procuraba descansar. A veces apagaba la luz, pero las fuerzas invisibles se acercaban y tenía que levantarme para arrodillarme en el suelo a orar. Entonces oraba al Señor intensamente hasta sentirme libre, fuerte y en paz. El Señor me daba confianza y valor y entonces me entregaba agradecido al descanso.

Fue en una de aquellas ocasiones de victoria, tras una lucha en la que había sudado en oración y había vencido, que el cuarto se llenó de la Presencia del Señor y Su fragancia embargó de tal manera mi corazón que me postré en el suelo llorando de alegría y gratitud en adoración. Entonces le ofrecí todo mi ser definitivamente. Él me habló, se me reveló en el espíritu directamente. Me senté en la cama y abrí la Biblia en el Evangelio según Juan capítulo 14. Muchas veces yo lo había leído, también a solas, y me había impresionado, especialmente aquella porción más adelante donde Jesús ruega al Padre para que seamos uno en Él y con el Padre. Pero esta vez fue diferente. Ahora, mientras leía, Jesucristo mismo me decía a mi directamente aquello que estaba allí

Caminante

escrito. Ya no era la lectura de una historia del pasado; no, sino que Él mismo resucitado y presente allí en espíritu me decía a mí personalmente: "*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí*"¹ y así continuaba todo el capítulo 14, el 15, el 16 y el 17. Cada palabra, cada versículo, me fue dicho a mí personalmente y lo supe con tal seguridad que no puedo explicarlo. Entonces vi todo Su amor; descubrí que Él me amaba a mí en particular; Él mismo me lo dijo; me dijo que Él estaría en mí y yo en Él y el Padre en Él y en mí y que seríamos uno. Entonces esas palabras de las cuales yo había meditado, calculado mentalmente, imaginado, comparado, explicado, discutido, ahora cobraban su verdadero significado y yo las entendía, y las entendía porque Él mismo me las decía directamente en el espíritu, y en el espíritu yo entendía claramente lo que querían decir. Él mismo me invitaba al seno de Su gloria excelsa e inefable. ¡Qué diferente es imaginárselo o explicarlo a experimentarlo! Estaba con Él mismo y Él mismo conmigo y me lo dijo, me lo reveló. Entonces lloré y le adoraba. Todas las compuertas de mi ser se abrieron y se derramaron a Sus pies a borbotones. Y Él me amaba y yo le amaba, y era para siempre.

Hoy guardo este depósito en mi corazón. Le encontré a Jesús mismo y Él me encontró y me llenó de Sí. Lo supe porque lo gusté. Fui lleno de Él mismo y no lo puedo explicar. Cuánto lloraba y me reía. Mi ser había sido desatado y libertado y llevado al seno del amor trascendental de Dios por mí, sí, por mí en especial. Sí, entonces conocí la fragancia de los cielos. ¿Cómo podré olvidarlo? "*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros*";² y helo allí cumpliendo Su promesa conmigo particularmente. Así ya entonces yo no estaba huérfano; Él estaba conmigo desde ahora y para siempre y evidente por sí mismo.

Una cosa es hablar de Él, tener Su imagen en nuestra mente, memoria, el recuerdo de su sentimiento; pero otra cosa es conocerle en la evidencia misma de Su Presencia manifiesta y perfectamente discernible e inigualable, tan específica y propia de Él que es inconfundible. "*En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros*".³ "*Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor*". "²⁶*En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros,*

¹Juan 14:1

²Juan 14:18

³Juan 14:20

27 pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios".⁴ "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada con él".⁵ "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él".⁶

He allí la promesa que Él estaba comenzando a cumplir conmigo. Entonces le pedí perdón por lo poco de mi amor y le dije que quería amarle intensamente. De allí en adelante viviríamos siempre juntos. Yo le amaría y Él a mí. Entonces Él me ayudaría a servirle. Me sentí perfectamente comprendido. Supe lo que quería decir. *"Ya no os hablaré por alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre"*.⁷ Y helo allí tan verdadera y consistentemente como lo más seguro y estable. El que le conoce, ¿cómo podrá olvidarlo? Él es inigualable, inconfundible. Sólo Él es así; es Jesús Cristo mismo.

Entonces me fueron abiertas de par en par las puertas de la libertad, de la verdad, de la amistad y del amor, la eternidad. Jesús Cristo la sustancia y no tan sólo el ejemplo, la presencia y no tan sólo el ideal, Jesús Cristo la virtud, el medio y el método, Jesucristo el vehículo y la meta, el camino y el fin, la estatura plena, la síntesis perfecta del abrazo perfecto de Dios y la humanidad. Y exaltarle todavía es poco porque explicarlo es rebajarlo. Abrir la boca es imposible. Idealizarlo y mitificarlo es imposible. Cuando Él se descubre, nos asombra más allá de lo excelso imaginado. Ningún mito sería suficiente. Las palabras no pueden hacerse mito porque las supera. Yo le conozco y no lo puedo explicar. Moverme es profanarle. Contemplantarlo anonadado para siempre es todavía poco; es como el borde entre la luz indescriptible que te absorbe de la nada al ser; que te llama de las tinieblas de la nada a comparecer ante Él y para Él, cuyo sentido nos es Él, perenne e inalcanzable que nos hinche y desbordamos sin aún completar el servicio, porque no hay servicio que pueda descansar, sino que la deuda se acrecienta con la eternidad, y desaparecer en Él adorándole es todavía poco y nada. Al día siguiente de encontrarle a Él, encontré a mis hermanos. Ellos me bautizaron.

⁴Juan 15:9; 16:26-27

⁵Juan 14:23

⁶Juan 14:21

⁷Juan 16:25

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- 👉 CAMINANTE
- 👉 INSTANCIAS
- 👉 AFORISMOS Y REFLEXIONES
- 👉 TRATADILLOS
- 👉 PERSPECTIVA DEL HOMBRE
- 👉 ASUNTOS ECLESIASTICOS
- 👉 ENCARANDO ASPECTOS BRANHAMITAS
- 👉 OPÚSCULO DE CRISTOLOGÍA
- 👉 ROMA EN LA PROFECÍA DE DANIEL
- 👉 FUNDAMENTOS
- 👉 HECHOS EN LA CIENCIA Y LA CULTURA
- 👉 ¿QUÉ DE LA NOCHE?
- 👉 PRINCIPIOS DE DERECHO TRASCENDENTAL
- 👉 EDIFICACIÓN
- 👉 LUZ Y CANDELERO
- 👉 FOLIA CRISTIANA
- 👉 TROZOS DE REALIDAD
- 👉 APROXIMACIÓN A CRÓNICAS
- 👉 HACIA LA INTEGRALIDAD
- 👉 ARGUMENTOS TEOLÓGICOS, EPISTEMOLOGÍA, ÉTICA Y EXISTENCIA
- 👉 LA CONSTANTE 5 NUMERONAL
- 👉 DE LOS TEXTOS
- 👉 BREVIARIO POLÍTICO
- 👉 INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA GENERAL
- 👉 ODRE NUEVO PARA VINO NUEVO
- 👉 LA ADMINISTRACIÓN APOSTÓLICA DE LOS MISTERIOS DE DIOS
- 👉 EDIFICANDO A LA IGLESIA
- 👉 FRENTE A LA CAÍDA
- 👉 PROVISIONES DE LA CRUZ
- 👉 HACIA EL CENTRO
- 👉 LA CASA Y EL SACERDOCIO
- 👉 EL CANDELERO
- 👉 RELACIONES
- 👉 MYRIAM
- 👉 MENSAJES VARIOS EN COLOMBIA
- 👉 RIOGRACIA
- 👉 ACERCA DE LA IGLESIA
- 👉 TERREMOTO MUNDIAL
- 👉 EL TABERNÁCULO
- 👉 ACERCA DE LA OBRA
- 👉 AMAMBAY
- 👉 LAS CORTINAS
- 👉 EPIGNOSIS
- 👉 LA OBRA DEL MINISTERIO
- 👉 ELEMENTOS PARA LA CENTRALIDAD E INCLUSIVIDAD EN LA IGLESIA
- 👉 MENSAJES VARIOS EN BRASIL

- 🏠 PROLEGÓMENOS
- 🏠 EL ARCA DEL PACTO
- 🏠 ISAGOGIA JACOBEA
- 🏠 GIRA CARIBE '97
- 🏠 TODAVÍA UN POCO
- 🏠 GIRA BRASIL '97
- 🏠 LA MESA DE LOS PANES DE LA PROPOSICIÓN
- 🏠 EL TEMPLO DE DIOS
- 🏠 TRES CENTRALIDADES CONCÉNTRICAS
- 🏠 GIRA CARIBE '98
- 🏠 GIRA BRASIL '98
- 🏠 SEFER GITAIM
- 🏠 LA NORMALIDAD DE UNA IGLESIA BÍBLICA
- 🏠 GIRA BRASIL '99
- 🏠 LOS PEQUEÑOS LIBROS
- 🏠 PASTORAL VILLAVICENCIO
- 🏠 EL TRIPLE TESTIMONIO DE DIOS
- 🏠 EPIFANÍA SÉPTUPLE
- 🏠 GIRA BRASIL 2000
- 🏠 GIRA BRASIL 2001
- 🏠 EL LIBRO DE LAS JORNADAS
- 🏠 PLATICAS EN LAS REUNIONES UNIDAS
- 🏠 INFORMES DE VIAJES
- 🏠 CUADERNOS
- 🏠 EPISTOLARIO
- 🏠 CANCIONES
- 🏠 PERSPECTIVA ESCATOLÓGICA
- 🏠 APROXIMACIÓN AL APOCALIPSIS
- 🏠 EDIFICACIÓN Y GUERRA
- 🏠 EL ALTAR DE ORO DEL INCIENSO

